

SMALLWOOD, Ray C.

La Dama de las Camelias

NOVELA CINEMATOGRAFICA



Adaptación de la célebre obra de ALEJANDRO DUMAS

Llevada a la pantalla por

Alla Nazimova y
Rodolfo Valentino

50 cts.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

DE
(CAMILLE, 1921)

NOVELA CINEMATOGRAFICA

ADAPTACION DE LA CELEBRE OBRA DE

ALEJANDRO DUMAS

LLEVADA A LA PANTALLA POR

ALLA NAZIMOVA Y RODOLFO VALENTINO



PUBLICACIONES DE «EL CINE»

ARIBAU, 31, BARCELONA

ES PROPIEDAD

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

PRIMERA PARTE

¿Quién es — primero preguntarse y es necesario saber para comprender el drama humano, emocional y humano que se nos ofrece con esta película — quién es Margarita Linde?

Alta y un extremo delgada — no está en grado máximo el arte de reparar este desajuste de la naturaleza con el sencillo arreglo de las prendas que vestía — así la describe el autor de la novela.

La esposa de Margarita, verdadera maravilla, adiestrada la joven con su acilar copistería. No muy pequeña, y su madre, como dice Alfredo de Musset, parecía haberla hecho así para la vida con esmero.

En un óvalo de gloria indescriptible colocó unos ojos negros apomados una boca de rosa tan puro, que pareciera pintado; yidad este óvalo con grandes pestañas que, al bajarse, sombreaban las rosadas mejillas; trazó una nariz fina, recta, ideal, de ventanas en tanto abstrusa por ardiente aspiración al sensualismo; alabó una boca corveta, de labios que al abrirse graciosa como descosieron dos hilos de dientes blancos como la leche; colocó la tez con el adorno que cubre la superficie de las malacolones; que ninguno como los años, y tendrías el conjunto de aquella cabeza encantadora.

Los cabellos negros como el azabache y ondulados, dividíanse sobre la frente en dos anchas cintas que llegaban a la parte posterior de la cabeza, dejando libres las orejas, en las que brillaban dos filamentos que bien podían ser cuerno o corno mil tramos cada uno.

Por extraño que sea, tampoco es conseguir que, no obstante la vida dispuesta que Margarita llevaba, ésta no había un candidato.

a su rostro, que conservaba la expresión infantil y virginal de sus años de pureza.

Margarita asistía a todos los estrenos teatrales y pasaba las noches en el teatro o en el baile. Siempre que se representaba una producción nueva, había la seguridad de verla acompañada

de tres objetos que no la abandonaban nunca y que colocaba en el antepecho de su palen de plata: sus gemelos, un cuernucho de dulces y un ramo de camelias.

De los días del mes, veinticinco las camelias eran blancas, y encarnadas las restantes. Nadie averiguó jamás a qué obedecía esta variación de colores, que mencionó — dice Dumas — sin que pueda explicarla tampoco, y que, como ya habíamos notado los asedios concurrentes a los diversos teatros que frecuentaba Margarita.

Nunca se vió a la joven llevar otras flores; así es que en casa de la señora Barjon, su florista, acababan por apellidarla la Dama de las Camelias, y este nombre le ha quedado.

Alia Nazimova que tan maravillosamente encarna la Margarita creada por A. Dumas

Además, yo, como cuantos viven en cierta esfera, en París, sabía que Margarita había sido la querida de los jóvenes más elegantes, de lo que no sólo se hacía lenguas ella, sino también ellos; lo cual demostraba que una y otros estaban mutuamente satisfechos.

No obstante, decíase que después de un viaje que hizo a Bagne-



tes, cosa de tres años atrás, sólo tenía amistad con un anciano duque extranjero, fabulosamente rico, el cual había intentado apartarla todo lo posible de su pesado modo de vivir, a lo que, por otra parte, pareció ella acceder sin gran resistencia.

Véase lo que sobre el particular me han referido:

En la primavera de 1894, Margarita estaba tan endebles, tan desmejorada, que los médicos le ordenaron que fuese a tomar aguas minerales, y, en su consecuencia, salió para Bagneres, donde, entre los enfermos, se encontraba la hija del mencionado duque, la cual no sólo tenía igual enfermedad que Margarita, sino también el mismo rostro, hasta el extremo que pudieran habérselas tomado por hermanas. La única diferencia que existía entre ambas consistía en que la hija del duque padecía una fiebre de tercer grado, cuya dolencia le arrebató la vida pocos días después de la llegada de Margarita al balneario.

Cierta mañana el duque, que se quedara en Bagneres como nos quedamos en el suelo cuyas entrañas guardan un pedazo de nuestro corazón, vió a Margarita al doblar una calle de árboles, y pareciéndole que pasaba la sombra de su hija, se encaminó a la joven pausadamente, le cogió las manos, alzólas llorando, y, sin preguntarle quién era, le imprimió que le permitiese ver y amar en ella la imagen viviente de su difunta hija.

Margarita, que se encontraba sola en Bagneres con su doncella,



Rodolfo Valentino en el simpático papel de Armando Duval, el amante de Margarita

y, por otra parte, no tenía temor alguno de comprometerse, se confió a los deseos del duque. Desgraciadamente había en el matrimonio quien lo consueva, y pronto el duque supo la verdadera posición de la joven. El mal fue el golpe para el novio, pues al cesar la simpatía con su hija, más era ya detestado tanto: Margarita se había convertido para él en una necesidad de su corazón.

El duque no dirigió reproche alguno a la joven; no le usaba derecho para ello; pero preguntóle si se sentía con fuerzas para mudar de vida, a cambio de cuanto pudiese exigir de él.

Margarita accedió a los deseos del novio.

Debe advertirse que en aquel tiempo Margarita, naturalmente apasionada, estaba enferma. El pasado se le presentaba como una de las principales causas de su dolencia, y una especie de superstición le hizo esperar que Dios le conservaría, a cambio de su arrepentimiento y abstención de costumbres, la salud y la belleza.

Efectivamente, las aguas, los paseos, la fatiga natural y el sueño, habrían restituido casi del todo al espíritu el verano.

El duque acompañó a Margarita a París, donde enseguida visitada como en Bayona.

Aquella amistad, cuyo verdadero origen y motivo nadie conocía, producía honda sensación en París, pues el duque, conocido por su inmensa fortuna, se singularizaba ahora por sus preferencias.

Pronto se atribuyó al libertinaje, frecuente en los antiguos reyes, la inconstancia del duque con la joven, y hubo de suponerse todo lo que nadie dice en la corte.

Sin embargo, el afecto de aquel padre hacia Margarita obedecía a una causa más alta, que toda otra relación con ella, distinta de la del corazón, le hubiera parecido un incesto.

Nunca le dirigió palabra alguna que no pudiese haberla escuchado su hija.

Lejos de mal el pensamiento de convertir a su heroína en lo que no era. Dijo, pues, que mientras permaneció en Bayona, no le fue difícil cumplir la promesa que hizo al duque, y lo cumplió; pero, ya de regreso en París, recordada como estaba a la vida de disipación, a los bailes y a las orgías, y atravesándose a la vez la cabeza y el corazón el ardiente soplo de su pasada existencia, pareció que su sociedad interrumpida únicamente por las visitas periódicas del duque, le hubiera de tedio.

Agréguese a esto que Margarita había vuelto de su viaje a Bayona más hermosa que nunca, que tenía veinte años, y que la enfermedad, adormecida, pero no vencida, continuaba infun-

diéndole las ardientes deseos que casi siempre acompañan a las aficiones del pecho.

El duque sabía, pues, no innecesario pasar el día en que sus amigos, continuamente en guardia para descubrir un escándalo de la joven con la cual, según ellos, se comprometía, le dijeron y probaron que a las horas en que ella estaba segura de no verse interrumpida por su presencia, recibir visitas que con frecuencia se prolongaban hasta el día siguiente.

Interrogada por el duque, Margarita no sólo se lo confesó todo, sino que también, y sin segunda intención, le anunció que no pensase más en ello, pues sintiéndose incapaz de cumplir su promesa, no quería admitir por más tiempo los favores de un hombre a quien estaba engañando.

El buen anciano estuvo alejado durante ocho días de Margarita, pero transcurridos éstos, y no pudiendo pasar sin verla, se presentó a la joven repentinamente, que continuaba admitiéndole, con promesa de aceptarle tal cual era, con tal que pudiese contemplarla, y permitiéndole que, una cuando la creese en ello la vida, no valdiera a dirigirla la menor reconvención.

Es en estos momentos cuando la película nos presenta a la heroína, encarnada maravillosamente por la célebre Alla Nazimova y trasplantada al ambiente contemporáneo.

Nos hallamos frente al Teatro Varietés, que despliega a nuestra vista un magnífico escenario de natural aspecto. El público que ha asistido a la representación — señas y pertantes, señas y pertantes de jóvenes, el negro de los trajes de etiqueta masculinos junto a las bonas caras de las nocturnas rodadas de las damas — va abandonando el edificio lentamente. Margarita, seguida por el anciano duque y rodeada de cortejadores, pasa vestida como una reina, y se detiene para bailar con unos, para otorgar a otros una sonrisa o una burla despiadada. El espectáculo reciente del libertinaje, alimentado por el estado continuamente enfermizo de la joven, han extinguido en ella la noción del bien y del mal que tal vez Dios le concediera, pero que nadie se ha interesado en fortalecer. Armando Duval, un joven alto, rubio, de buena familia provinciana, acaba de llegar a París y ha asistido también con un amigo, a la fiesta. Margarita, a la que ve por primera vez, le produce una indecible impresión.

¿Qué mujer! exclama. Y como el amigo, que ha compartido con ella una sonrisa, dice:

La salud y vuestra.

— ¿Qué suerte tiene usted! — me puede menos de decirle.

— Por qué?

— Porque va usted a ver a esa mujer.

- ¿Está usted acaso enamorado de ella?
- No, pero quisiera tratarla.
- Pues válgase usted conmigo y le presentaré.
- Solicite usted primeramente su permiso.
- ¡Bah! no hay necesidad de andarse con tales cumplidos con ella; venga usted.



La infusa escultista del teatro de Variedades al salir del cual se encuentran por primera vez Margarita y Armando

Estas palabras producen a Armando el peor efecto; teme adquirir la certeza de que Margarita no es digna del afecto que siente por ella.

En un libro de Alfonso Karr, titulado «Ami Rauchen», Ami es un hombre que de noche sigue a una mujer elegante y hermosísima, de la que se prendó en el puerto y hora en que la vio por vez primera. Para besar la mano de aquella mujer, se siente capaz de emprenderlo, conquistarlo y hacerlo todo. Apenas si se atreve a mover el tornando tobillo que ella descubre para que no se manche su vestido al contacto de la tierra. Mas ¡ay! mien-

tras él está imaginando cuánto haría para poseer a la mujer a quien sigue, ésta le detiene al doblar una esquina y le propone si quiere subir a su casa. Entonces el hombre aparta el rostro, atraviesa la calle y entra en su habitación con el corazón oprimido.

Esta impresión en Armando es pasajera, prendido como está en el encanto que supone la mezcla de ingenuidad y de perversidad de Margarita. Viene la presentación, ceremoniosa por parte de Armando. Margarita al oír que es estudiante de leyes, exclama, burlona:

- Mejor haría en estudiar de amores. — Y siempre sonriente les vuelve la espalda.

Entre los ávidos espectadores que abarrotan el local se halla Prudencia, amiga del acompañante de Armando, antigua libertina que había intentado, aunque inútilmente, hacerse actriz, y que, continuando en sus relaciones con las elegantes de París, se había metido en el comercio y abierto un establecimiento de modas. Como tantas otras, vive atestado de discreta reserva, y en este caso ejerce su oficio ofreciéndose a llevar a los jóvenes a casa de Margarita, donde se celebran una fiesta íntima.

La casa de la Duquesa de las Lancelias es, en la película, de una magnificencia sólo comparable con la originalidad de buen gusto. Cuando el empujón-scenes nos la presenta, Margarita y sus amigos están en plena fiesta y en plena libertad, en uno de los salones anteriores al dormitorio de Margarita. Está entre los concurrentes el conde de Nivelles, que es el amante de turno. Prudencia se presenta con los dos jóvenes, que son invitados a proceder con toda libertad. Margarita va y viene, como queriendo emborracharse de una alegría que no puede sentir. Por fin, y mientras uno de los concurrentes golpea el piano y los otros le siguen con sus voces y palmadas, Margarita, en medio de la sala, con la falda recogida, canta un capó canullesco, mientras Armando, que en Rodolfo Valentino ha encontrado su mejor intérprete, la contempla con un mescla de dolor y de piedad que es el amor que en su corazón le prendido y que hace ríos por su rostro viril las lágrimas, una a una.

SEGUNDA PARTE

La fiesta continúa, cada vez más alborotada y más por los vapores del charupán, que se sirve abundantemente en el comedor de la casa durante la cena de la media noche. Nautica — la criada de confianza — avisa a Margarita que ha llegado Nicheito, una joven moza de la zona que fue compañera de aquella antes de que Margarita tomase el nombre de las Chamelas, la zona costera que se exhibe, pero que no se ama, la zona de un amante para muchos nombres. Margarita deja a sus amigos y corre al encuentro de Nicheito, a la que reconoce y abraza tiernamente. La recuerda el tiempo que dejó transcurrir sin venir a verla. Le hace mil preguntas, entre otras tantas cosas. He aquí que Gastón, el amigo de Armando que viene en busca de Margarita, advierte que Nicheito es otra muchacha fea, intenta averiguarla.

— ¡Déjala así de tranquila! — le dice basamente Margarita, con maternal indignación. Y luego añade, al ver la sorpresa de Gastón, más dulcemente: — Es demasiado buena para usted.

Gastón comprende y sale a la asustada muchachita besándole la mano cariñosamente.

Entre tanto, la fiesta ha tomado caracteres de orgía. Margarita, durante la cena, en la que se bebe más que se come, ha hecho sentar a sus lados a Armando y a Gastón. De vez en cuando y con grandes resacas de aprobación por parte de Nautica, Prudencia y Margarita sueltan palabras que, si chistesas para ciertos gentes, manchan los labios que las pronuncian. Gastón, aunque víctima un tanto por las costumbres de su juventud, era especialmente bueno y se divertía sinceramente. Armando, por su parte, tiene por un instante la intención de aturdirse, para que su corazón y su cerebro contemplen indiferentes la escena que se véase a sus ojos y con ánimo de participar de aquella alegría que uniera el mejor plato de la cena. Espera, pero a poco va aban-

trayéndose de semejante agradable; su vaso permanece sin vaciar y así le entristece el ver a aquella gentil criatura de veinte años beber y hablar como un fauno y verse con tanta más vehemencia cuanto más escandalosas son las palabras que se profieren.

Sin embargo, aquella alegría, aquel modo de hablar y de beber que en los demás convida son consecuencias de la orgía o de la costumbre; en Margarita se le antoja que son hijos de la necesidad de olvidar, de fiere, de irritabilidad nerviosa. A cada vaso de charupán invódele el rostro un carrizo febril, y la tesicilla que la acometió al principio de la cena habíase convertido en los bastantes impulsos para obligarla a apoyar la cabeza en el respaldo de su silla y a apretarse el pecho con ambas manos cada vez que viera el ataque.

Armando, al verla y al pensar cuánto debe perjudicar a la endebles constitución de Margarita aquellos continuados excesos, entre lo que no es decible.

Por fin, llega lo que éste esperaba y hacia rato estaba temiendo: va a terminar la cena, cuando a la joven le da un acceso de tos más violento que cuantos sufrió hasta entonces. La desdichada se pone purpúrea, cierra dolorosamente los ojos y se lleva a los labios su servilleta, que deja empapada con una gota de sangre. Entonces se levanta dirigiéndose apresuradamente a su dormitorio.

— ¿Qué tiene Margarita? — pregunta Gastón.

— Que se ha tido con exceso y escupe sangre — responde Prudencia. — No será nada; esto le sucede todos los días. Pronto volverá. Dejémosla, en estos casos prefiere estar sola.

Y la fiesta sigue y los alcohólicos vuelan por el aire. Armando, lentamente, así con temor, abre la puerta del dormitorio y entra en busca de Margarita.

El cuarto donde Margarita se ha refugiado está adornado con gusto exquisito. El lecho es como una concha marina. Tendida en un gran campé y con el vestido desabrochada, la joven tiene una mano colgando sobre el corazón y colgote la otra.

Margarita, intensamente pálida y con la boca entreabierta, hace esfuerzos para recobrar el aliento, y de vez en cuando hinchase el pecho a impulsos de prolongado suspiro, que, una vez exhalada, parece proporcionarle algún alivio y ligero bienestar.

Acércase a ella Armando, sin que por su parte haga el más leve movimiento, y sentándose a su lado le coje la mano que tiene apoyada en el campé.

— ¡Ah! ¿es usted? — le dice sonriendo.

Y como ve pintado el trastorno en su semblante, añade:

— ¿También se encuentra usted mal?

— No, gracias; pero sígame: ¿verdad que anda usted mucho?

— No — responde, mientras se enjuga con un pañuelo las lágrimas que la voz le hicieron acudir a los ojos —; estoy ya acostumbrada a eso.

Se está usted fastidiando. ¡Ah! quisiera ser amigo o padre de usted para impedirle que se perjudicase de esta suerte.

No vale la pena de que se alarme usted — replica Margarita con tono un tanto amargo; — es usted, ya nadie me hace caso; y ¿por qué? porque saben que para mí enfermedad no hay remedio.

Armando cae de rodillas y abrazando a Margarita por la cintura, deja escapar su amor en palabras entrecortadas: — Quisiera ser su amigo, su esclavo, su perro...

El conde de Nivelle aparece, seguido de los demás concurrentes a la fiesta, en la puerta del cuarto y alcanza a ver el tono de intimidad en que la pareja se encuentra.

El conde le reprocha con violencia, mientras los demás permanecen silenciosos. Y como surge la traza violenta, despectiva e imbecil:

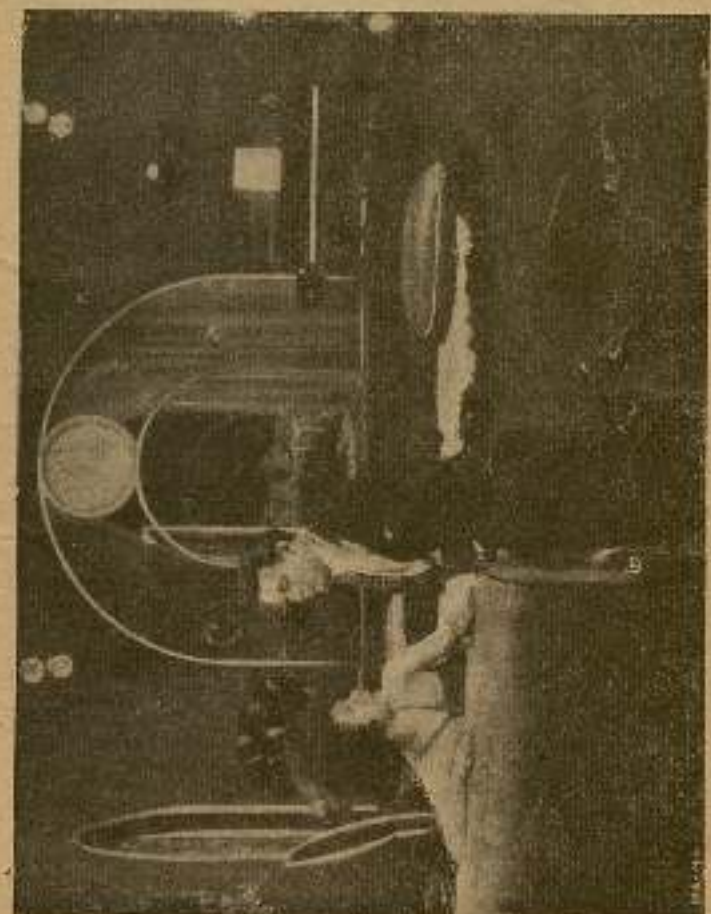
— Para esto pago yo?

Margarita le señala la puerta de la calle. Rápidísima, mientras el conde sale y los demás le siguen, previendo la ruina de la casa, si es el joven Armando el encargado de sostenerla, le grita a Nivelle:

— Oye, siempre y cuando ese imbecil se presente, no estoy en casa o no quiero recibirlo. Estoy ya cansada de ver continuamente personas que vienen a solicitar de mí lo mismo, y que, pagándome, se creen en paz conmigo. Si aquellas que se abandonan a nuestro vergonzoso oficio supiesen lo que éste da de sí, antes se metieran a criadas; pero no, la vanidad de poseer espléndidos vestidos, coches y diamantes nos arrastra; damos crédito a lo que otros, pues la galantería tiene su fe, y poco a poco vamos arruinando nuestro corazón, cuerpo y alma; nos temen como a las bestias feroces, nos desprecian como al perro, y no nos rodean sino gentes que nos quitan más de lo que nos dan, y a lo mejor nos mueren como un perro, después de haber perdido a los demás y a nosotros mismos.

Pero la excitación y el esfuerzo pasados, Margarita siente la conciencia de su situación, la humillante posición que en la escala de las jerarquías sociales ocupa y cae llorando en un infuso diván, tristemente.

Armando, al que el temor de aparecer entrometido contiene,



Margarita y Armando en la escena culminante del segundo acto

cundo el conde la escrutina, se ha acercado lentamente y toma asiento a su lado. Las palabras de amor puro que ella no ha oído todavía fluyen de sus labios. Y entre las bocas y los ojos, nos repiten el diálogo:

— ¡Qué sola estoy en el mundo, apesar de que venga tanta gente en torno mío!

— No se entristezca, Margarita, no se apene por una soledad que ha huido ante el luz de sus corazones que le pertenecen. Por su amor estoy dispuesto a dar mi vida. Y la cuidaré como un padre y siempre estará arrodillada ante usted.

— ¿Y dice usted que me cuidará?

— Sí.

— ¿Y permanecerá usted siempre a mi lado?

— Siempre.

— ¿Aun de noche?

— Durante todo el tiempo que su presencia no la incomode.

— ¿Con nombre de usted a semejante conducta?

— El de abnegación.

— ¿Esta abnegación ¿de qué proviene?

— De la irresistible simpatía que siento por usted.

— ¿Luego está usted enamorado de mí? Responda inmediatamente, ya ve que es por demás sencillo.

— Posible es que lo sea; pero si alguna vez debo decirlo a usted no es en el día de hoy.

— Más valdrá que no me lo diga usted nunca.

— ¿Por qué?

— Porque de semejante confesión sólo pueden resultar dos cosas.

— ¿Cuáles?

— O que yo me le corresponda a usted y entonces me abortará, o que le corresponda, y entonces tendrá usted una triste mujer. Una mujer nerviosa, enferma, triste, o de alegría más triste aún que el peso; una mujer que arroja sangre por la boca y gasta cien mil francos anuales en huera para un viejo cachorro como el duque, pero para un joven como usted es una carga insuperable.

Margarita, deje que por última vez le diga una cosa que aún debo le haber dicho a usted innumerables veces y que por la misma costumbre de oírlo le impedirá tal vez prestarle crédito, aunque no sea menos real. Desde que vi a usted, no sé por qué motivo ha tomado usted un sitio en mi vida; cuanto más me he esforzado en apartar de mi mente su recuerdo, con más persistencia me ha regañado. Ahora que me ha recibido usted, que lo conozco, que comprendo sus singularidades, se me ha hecho in-

ted indispensable; en una palabra, me volveré loco tanto si no corresponde usted a mi amor, como si no consiento que la ame.

— ¡Ah, desdichado! Déjeme que, rememorando a la señora D., le diga: ¡Qué! ¿tan rico es usted? Usted ignora que yo gasto de seis a siete mil francos todos los meses y que este gasto es hoy una necesidad de mi existencia; usted no sabe, pobre amigo mío, que le arminaría a usted en cuatro días, y que su familia le quitaría los miembros en castigo a quien con una mujer como yo? Quiérame usted como buen amigo, pero no pase de aquí. Pero por Dios, no exagere mi valor, pues realmente voyo muy poco. Usted tiene un corazón de oro, necesita que le amen, y es demasiado joven para vivir en nuestra esfera. Prohíbese usted la unión de una mujer casada. Ya se ve que le hablo sinceramente y desearé ser feliz.

— No es posible, Margarita. Nunca le he querido menos como yo — exclama Fernando, con vehemente súplica.

Y las vergonzosas burlas y las bosteras de Margarita se funden al calor de aquella, uniéndose los dos jóvenes en un beso largo, ardiente, apasionado.



TERCERA PARTE

Hemos transportados a una de las más bellas regiones del Sur de Francia. Los alrededores han florecido y es también Primavera en los almizcles de los jóvenes. Margarita había dicho el primer día:

Le prevengo que quiero ser libre de hacer cuanto me acomode, sin darle a usted explicación alguna respecto de mi vida. Hace tiempo que busco un amante joven, sin voluntad, enamorado sin desconfianza, simple sin derechos. Nunca he podido hallarlo. Los hombres, en lugar de mostrarse satisfechos de que se les conceda por espacio de largo tiempo lo que a duras penas hubiesen esperado alcanzar una vez, exigen de su antigua cuantas del presente, de lo pasado y aun de lo porvenir. A medida que se van acostumbrando a ella, quieren dominarla, y acaban por ser tanto más exigentes cuanto más fácilmente se les concede lo que desean. Si una decida a tomar un nuevo amante, exijo que posea tres cualidades íntimas: que sea confiado, sencillo y discreto.

—Pues bien, yo seré cuanto usted quiera.

Veremos.

—Y, cuándo veremos?

Más adelante.

—Por qué no ahora?

Porque no siempre pueden ponerse en ejecución las conveniencias el mismo día de firmarse.

La explicación no podía ser más clara.

—Y, cuándo volverá a verla a usted?

Cuando esta carnalita cambie de color.

—Y cambiará?

Mañana por la noche, de once a doce. (Está usted satisfecho?)

—Y me lo pregunta usted!

—De cuanto acaba de pasar un día usted una palabra a su amigo, ni a Prudencia, ni a nadie.

—Se lo prometo.

—Debe extrañarle a usted que yo parezca dispuesto a aceptarlo inmediatamente... ¿sabe usted a qué obedezco esto? Pues obedezco a que, debiendo vivir cuenco que los demás, me lo propusiera vivir más aprisa.

—Por favor! No me hable usted así.

—¡Oh! tranquilícese usted... prosiguió Margarita riéndose; por poco tiempo que me quede de vida, viviré lo bastante para que deje usted de amarme antes que me muera.

Este diálogo, con las consideraciones que Dumas pone en boca de Armando, creemos conveniente reproducirlos para ayudar a comprender la psicología de Margarita Gautier — pues si Año Naxitova tiene sus ojos maravillosos y sus gestos divinos para expresar sus estados de ánimo, nosotros por fuerza hemos de recurrir a las palabras.

«Cuando entré en mi casa — dice Armando David, al narrar su historia — en vez de acostarme, me puse a reflexionar sobre mi aventura. Mi encuentro con Margarita, mi presentación, el compromiso entre ambos contraído, todo había sucedido con tanta rapidez y por modo tan inesperado, que momentos hubo que estú estar soñando. Sin embargo, no era la primera vez que una mujer como Margarita se ofrecía a un hombre para el día siguiente al en que éste la declaraba su amor.

Por más que me hice esta reflexión, la impresión primera que me causó mi futura querida, había sido tan profunda que subsistía a pesar de todo. Obstináteme en no ver en Margarita una mujer entregada en el vicio como las demás, y, animado por la vanidad tan común a los hombres, casi daba por cierta que ella sentía por mí la misma pasión que yo por ella. No obstante, como he visto ejemplos por demás contradictorios y había oído decir con frecuencia que Margarita había pasado a la categoría más o menos costosa, según la estación.

Así, pues, yo estaba enamorado de Margarita, iba a verla; no podía exigir ya más de ella. Sin embargo, se lo repito, aunque era mujer licenciosa, de tal suerte, y tal vez para precisarla, me forjara yo el amor que por ella sentía, de amor sin esperanzas, que mis dudas aumentaban a compás que se acercaba el momento en que ya no tendría necesidad de esperar.

Aquella noche no cerré los ojos.

A media noche llegué a la puerta de la casa de Margarita.

En el momento en que Margarita iba a llorar, me acerqué y le di las buenas noches.

— ¡Ah! ¿es usted? — me contestó con voz en que no supe ver satisfacción alguna por haberme encontrado allí.

— No me autorizó usted para que la visitara hoy?

— Es verdad, lo había olvidado.

Estas palabras echaban por tierra todas mis reflexiones de la madrugada, desvanecían todas las esperanzas que acabé durante el día. Sin embargo, como empezaba ya a acostumbrarme a sus gentilezas, en vez de marcharme como de niño hubiera hecho en otro tiempo, le seguí y entré con ella en su habitación, cuya puerta abrió Nanina.

— ¿Está en su casa Prudencia? — preguntó Margarita a su camarera.

— No, señora — respondió ésta.

— Pues ve y deja el recado de que la espero en cuanto vuelva; pero antes asegúrale la llampara del salón, y si alguno llama, dile que todavía no me he recogido ni volveré a casa en toda la noche.

Evidentemente Margarita estaba preocupada con algo, quizás hastiada de las solicitudes de un importuno.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. La joven se dirigió hacia su dormitorio.

— Venga usted — me dijo.

Pero yo no me moví del sitio donde me encontraba.

Margarita se quitó el sombrero y la capa de terciopelo y los dejó sobre su cama, luego se dejó caer en un gran sillón, junto al fuego que mandaba encender todos los días hasta principios de verano, y poniéndose a agitar con la cadena de su reloj, dijo:

— Vámonos a ver, ¿qué novedades me cuenta usted?

— Ninguna, a no ser el poco acierto que he tenido al venir esta noche.

— ¿Por qué dice usted esto?

— Porque me parece que está usted contrariada, y sin duda le molesto.

— De ningún modo: lo que hay es que estoy enferma; he sufrido durante todo el día, no he podido conciliar el sueño, y tengo una ligera histeria.

— ¿Quiere usted que me retire para dejarla meter en cama?

— No hay necesidad, puede usted quedarse; si quiere acostarse, lo hará delante de usted.

— Este vestido me incomoda — añadió Margarita haciendo saltar los carritos de su blusa — dame una bata (Y Prudencia).

— No ha regresado aún, pero en cuanto llegue a su casa le darán recado de que venga inmediatamente.

— Esa es otra de las que saben encontrarme cuando me necesitan y no es capaz de prestarme un servicio desinteresado — continuó Margarita quitándose el vestido y poniéndose un peñador blanco — Sébe que esta noche aguardo una contestación que necesito y me tiene inquieta, y apostaría que se ha ido a callejear sin preocuparse para nada de mí.

— Puede que la hayan entretenido.

— Sírvenos el ponche.

— Señora — objetó Nanina, — ¿no sabe usted que el ponche la perjudica?

— Mejor — replicó Margarita, — tráete también algunas frutas, pastel o un ala de pollo, algo, pero pronto: estoy muerta de hambre.

Inútil es que le pondere a usted la impresión que aquella escena me produjo. Ya la adivina usted.

— Va usted a cenar conmigo — me dijo Margarita —, entre tanto tome usted un libro; yo me voy a mi tocador y vuelvo al instante.

Encendió las bujías del candelabro, y luego abrió una puerta que había al pie de la cama y desapareció.

Yo empecé a pasearme por el aposento, redondeando sobre la vida de aquella mujer, y a mi amor se agregó la compasión.

En este momento entró Prudencia, quien al verme exclamó:

— ¿Usted por aquí? ¿Dónde está Margarita?

— En su tocador.

— La aguardaré. ¿Sabe usted que su amiga le encuentra a usted deliciosa?

— De veras.

— ¿Cómo? ¿Nada le ha dicho a usted?

— Nada.

— ¿Pues qué hace usted aquí?

— He venido a visitarla.

— ¿A media noche?

— ¿Qué tiene que ver?

— ¡Ah! ¡tan pronto!

— Y aun puedo decirle que yo me la recibí muy bien.

— Ya le recibirá a usted mejor.

En esto Margarita salió de su tocador, con la cabeza cubierta coquetamente con un gorro de dormir adornado de liras con cintas amarillas.

Estaba hechizada en extremo. Los desnudos pies descansaban sobre unos chinelos de raso, y estaba acabando de limpiarse las uñas.

—Vamos a ver — preguntó la joven a Prudencia así que reparó en ella — ¿ha visto al duque?

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho?

—Me ha dicho.

—¿Cuánto?

—Seis mil.

—¿Los trae usted?

—Sí.

—¿Ha manifestado disgusto?

—No.

—¿Pobre hombre!

Este «pobre hombre» lo pronunció Margarita con acento inevitable; luego tomó los seis billetes de mil francos.

Prudencia se fue y Margarita abrió un armario para meter en él los billetes de banco.

—Me da usted permiso para acostarme? — preguntó la joven sacriéndose y encaminándose a su cama.

—No sólo esto, sino que si es menester se lo ruego.

Margarita dejó caer el pie de la cama el abrigo de gisparté que la cubría y se acostó.

—Ahora — dijo — siéntese usted a mi lado y hablemos.

Prudencia había tenido razón: la contestación que trajera había puesto alegre a Margarita.

—Me perdona usted el gallanar de esta noche? — me preguntó cogiéndome la mano.

—Ocas mayores estoy dispuesto a perdonarle.

—¿Me ama usted?

—Con frenesí.

—¿Pese a mi carácter?

—Pese a todo.

—¿Me lo jura usted?

—Se lo juro — respondí con voz sinceramente queda.

Namán entró trayendo platos, un pollo, fiambre, una botella de Burdeos, fresas y dos cubiertos.

—No le mandado hacer ponche, pues el Burdeos le sienta a usted mejor — dijo Namán. — ¿No opina también así, caballero?

—Así es — respondí, conmovido aún por las últimas palabras de Margarita y con los ojos ardientemente fijos en ella.

—Está bien; encienda todo en la mesita y acérrale a la cama; ya nos serviremos nosotros mismos. Has pasado tres noches sin dormir y necesitas reposar. Ve y acuéstate; no te necesito ya.

—¿Quiere usted que cierre la puerta con llave?

—¡Va lo creo! y sobre todo ayuda que mañana no permitan entrar a nadie antes de medio día.

Cuando salió, por la mañana, la ciudad dormida aún. Parecióme que esta dormida ciudad me pertenecía, y traje a la mente los nombres de aquellos cuya dicha envidiara yo hasta entonces. ¡Ah! ni uno recordaré cuya ventura pudiese ocuparme a la mía.

Verse amado por una joven casta, ser el primero en revelar el extraño misterio del amor, es indudablemente una gran felicidad, pero es también la cosa más sencilla del mundo. Adenarse de un corazón no acostumbrado a los ataques, es lo mismo que penetrar en una ciudad abierta y sin guarnición. La educación, el sentimiento del deber y la familia son cuidadosas centinelas, es cierto; pero ¿qué centinelas, por vigilantes que sean, no se verán batidos por una doncella de diez y seis años cuando, por boca del hombre a quien ama, la naturaleza le da las primeras nociones del amor, tanto más vehementes cuanto más puras parecen?

Cuanto más la joven cree en el bien, más fácilmente se atienda, si no al amante, a lo menos al amor, pues siendo confiada, se encuentra sin fuerzas; lograr hacerse amar de ella es un triunfo que cualquier hombre de veinticinco años puede alcanzar cuando se le antoja. Para hacerse cargo de cuán positiva es esto, basta ver la vigilancia y las miradas que rodean a las doncellas. Los conventos no tienen muros bastante elevados, las madres cerraduras bastante complicadas, ni la religión deberes suficientes asiduos para encerrar a todos esos maravillosos pájaros en su jaula, sobre la cual nadie se toma el trabajo de desbaratar algunos filos. ¿Cómo es posible que no adivinen ver ese mundo que les oculta? ¿cómo no han de creer que es tentador? ¿Cómo no han de escuchar con oído al primero que, a través de los barrotes, les descubre los secretos de aquél, y no bendecir la mano primera que levanta una punta del velo misterioso?

Pero verse realmente amado por una cortesana es una victoria difícil de alcanzar. En ellas el cuerpo embota el alma, el sensualismo consueña el corazón y el libertinaje petrifica todos los sentimientos. Las palabras que todos les dirigen las tienen olvidadas de puro sabidas; conocen las artes de que los hombres se valen, y el amor que inspiran, lo venden. Aman por ocio y no por simpatía, y en sus cálculos hallan una salvaguardia superior a la que ofrecen una madre o un convento. Así han inventado el vocablo «caprichos» para designar los amores desinteresados que de vez en cuando se dan como un descanso, como una excusa o como un consuelo; al igual que los usureros que roban a mil indivi-

duos, se crean redimidos de todo pecado el día que prestan veinte francos a un héroe que está pereciendo de hambre, sin exigirle interés ni recibo.

Además, cuando Dios permite que una cortesana sienta amor, que al principio parece un perdón, casi siempre se convierte en castigo para ella; y es que no hay absolución sin penitencia. Cuando una criatura que tiene que avergonzarse de todo su pasado se siente de improviso inflamada por un amor profundo, sincero e irresistible, de que nunca se creyera capaz, cuando llega a confesar ese amor, ¿qué dominio ejercerá en ella el hombre amado? ¿Cuán fuerte se siente éste con el cruel derecho que le cabe de decir a la infeliz: «No llores ahora por amor más de lo que hiciste antes por dinero?»

Es de ver entonces cómo se afanan, cómo se desviven, a cuánto recurren esas desdichadas para demostrar la sinceridad de su afecto. Cuenta la fábula que un niño, después de haberse divertido repetidas veces en pedir socorro para distraer de sus quehaceres a los labradores, a lo mejor fué devorado por un oso, tallo de auxilio de aquéllos, que, tantas veces burlados, no dieron crédito a los gritos reales que entonces daba el muchacho. Lo mismo acontece con estas infelices cuando aman de veras; han mentido tanto, que no hay quien las crea, y en medio de atroces tormentamientos son devoradas por su amor.

De ahí las grandes devociones, la austera y retirada vida de que han dado ejemplo algunas de ellas.

Pero cuando el hombre que inspira esa pasión redentora tiene el alma bastante generoso para aceptarla, olvidando lo pasado, y se abandona a ella y ama como es cuando, agota de improviso todas las emociones extremas, y después de este amor, ningún otro hablará ya oco en su corazón.

Pero volvamos al primer día de nuestras relaciones.

Cuando entré en el casa, el júbilo me enloquecía. Al amor-berar que habían desaparecido los obstáculos levantados por mi imaginación entre Margarita y yo; que aquella mujer era mía y ocupaba ya su pensamiento; que en mi bolsillo tenía yo la llave de su vida, y, con la llave, el derecho de servirme de ella, estaba contento de la vida, orgulloso de mí mismo.

Un joven pasa por la calle, se codea con una mujer, la mira, se vuelve y sigue adelante. Aquella mujer, a quien el joven no conoce, tiene placeres, pesares y amores en que él no toma parte alguna. Para ella él no existe, y si él la hablase, quizás se reiría de él, como Margarita se había burlado de mí. Pasan semanas, meses, años, y de improviso, después que ambos han seguido en órden diferente su destino, el acaso coloca al uno enfrente del



Margarita se entrega al amor de Armando con un admirable gesto de dolorosa voluptuosidad

otro, y aquella mujer se envía en querida de aquel hombre y le ama. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Misterios de la vida! Lo cierto es que aquellas dos existencias se funden en una: que apenas nace la intimidad, cuando les parece que están unidas de toda la vida, y se borra de la memoria de ambos cuanto precedió a su conocimiento. El hecho es en verdad curioso.

De mí sé decir que olvidé por completo el modo cómo viviera antes de la víspera, para abandonarme al pávido arrehatador que me produjo el recuerdo de las palabras que cruzaron ella y yo en aquella primera noche. O Margarita poseía o perfeccionó el arte de engañar, o bien sentía por mí una de esas pasiones súbitas que se revelan desde el primer beso, cuando no mueren con la misma rapidez con que cobraron vida.

Cuanto más lo consideraba, más evidente se representaba a mi imaginación que a Margarita no le asista razón alguna para fingir que me amaba.

Además, decía entre mí, las mujeres tienen dos modos de amar, que pueden resultar uno de otro; aman con el corazón y con los sentidos. Sucede frecuentemente que una mujer toma a un amante, obedeciendo únicamente a su sensualismo, e insensiblemente se inicia en el misterio del amor inmaterial, hasta que toda su vida se reconcentra en su corazón; y a menudo ocurre también que una joven que no se en el matrimonio más que la unión de dos afectos puros, recibe la repentina revelación del amor físico, esa enérgica explosión de las más crasas impresiones del alma.

Margarita, escrituras al comienzo, había aceptado a Armando como un amante sumiso, ciego y tolerante. Pero el deseo de exclusividad que es inherente al amor, se la contagió rápidamente, y así, al cabo de pocos días de secreto idilio, se desarrolló el siguiente diálogo, que Armando nos cuenta igualmente:

— Sabes en qué estaba pensando? — me preguntó de improviso.

— No.

— En una combinación que he ideado.

— Una combinación?

— No puedo contártela todavía, pero sí decirte el resultado que va a producir, y el resultado es que dentro de un mes seré libre, no debiendo nada y nos iremos los dos a pasar el verano en el campo.

— ¿Y no pueda saber de qué medios dispondrás para llevar a cabo tu intención?

— No, sólo es menester que me ames como yo te amo y todo irá perfectamente.

— ¿Y esa combinación la has ideado tú sola?

— Yo sola.

— ¿Y la llevas a efecto tú sola?

— Yo sola pasaré las ciudades — me respondió Margarita, sonriendo de un modo que no olvidaré nunca; — pero los dos compartiremos el provecho.

Al oír la palabra *provecho* no pude menos de santajarme y recordar a Blanton Lescaut combatiéndose con Dégrenou el dinero del señor de B. Así es que, levantándose, repliqué con voz un tanto áspera:

— Permíteme, querida Margarita, que no comparta otro provecho que el que me proporcionarás las empresas que concibo y llevo yo mismo a efecto.

— ¿Qué significan estas palabras?

— Significan que tengo vehementes sospechas de que el mundo de G. sea serio (yo en esa afanada combinación, de la que no acepto los quebrantos ni los beneficios).

— ¡Bres un niño. Me habías forjado la ilusión de que me amabas, y me has equivocado: me está bien.

Margarita se levantó, abrió el paño y se puso a tocar la *staccato* al *velas*, hasta aquel famoso pájaro en tono mayor en el que se detenía siempre. ¿Lo hizo por costumbre o para recordarme el día en que nos conocimos? Cuanto puedo decir es que, despertados mis recuerdos por aquella melodía, me arrojé a ella, le cogí la cabeza con ambas manos y la besé frenéticamente.

— Me perdonas? — le pregunté.

— ¿Ves lo ves? — respondió, — pero observa que sólo hace dos días que nos conocemos y te debo perdonar algo. Cumple muy mal tus promesas de obediencia ciega.

— ¿Qué quieres, Margarita? — dije; — o amo lento, que estoy ciego hasta de las más íntimas penumbras. Lo que hace poco me has propuesto, me volvía loco de alegría; pero el misterio que preceda a la ejecución me mortifica el alma.

Vámonos a ver, razonemos un poco — repuso Margarita cogiéndome las manos, fijando en los míos sus ojos y sonriendo de un modo irresistible; — tú me amas, ¿no es eso? y te gustaría pasar tres o cuatro meses en el campo a solas conmigo; yo también sentiría gran placer en semejante aislamiento, no sólo por la dicha que me proporcionarás, sino también por la beneficencia que sería para mi salud. Pero no puedo abandonar a París por tanto tiempo sin ordenar mis asuntos, y los asuntos de una mujer como yo están siempre enmarañados. Pues bien, he hallado el modo de conciliarlo todo, mis asuntos y mi amor por ti; sí, por ti, no te rías, pues cometo la locura de amarte; y te amosará y

me muchas palabras raras. ¡Qué niño eres! No te acuerdes sino de que te amo, y no te dé cuidado lo demás. Cúmpeme ¿quedamos entendidos?

— Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya.

Retornes, antes de un mes escarmentas en alguna aldea, pescándome en orillas del río o bebiendo leche. A ti te admira oírme hablar de esta suerte, a mí, a Margarita Gautier; esto se debe a qué cuando la vida que llevo en París y que parece haberme tan dichosa no me devora, me hastia, y entonces siento mil aspiraciones hacia una existencia más tranquila que me traiese a la mente la de mi infancia. Sosinos lo que seamos, no hay quien no recuerde los días de su niñez. Tranquilízame, no voy a decirte que soy hija de un conde retirado y que me ha educado en San Dionisio; soy una pobre campesina, y aun no hace seis años que no sabía coger una pluma. Ya sientes aburrido el áureo ¿no es así? Pero por qué eres tú el primero a quien me dirijo para compartir el júbilo del deseo que me ha asaltado. Indudablemente porque he conocido que me amabas por mí y no por ti, mientras que los demás sólo me han amado por ellas. A menudo he pasado temporadas en el campo, pero nunca a mi gusto; así, pues, cuenta contigo para gozar de semejante dicha, y no seas cruel negándote a concedérmela. Piensa que no envejeceré y que con el tiempo te sorprendrás de no haber hecho por mí lo primero que te pide, sobre todo cuanto tan poco ha de costarte.

— Qué responder a semejantes palabras, máxime cuando halla en mí el recuerdo de la primera noche de deseos y esperaba mil veces la segunda.

Una hora después, tenía a Margarita en mis brazos. ¡Ay! entonces la hubiera obedecido aun cuando me hubiese exigido la ejecución de mi deber.

A las seis de la mañana salí; pero antes de partir le dije:

— Hasta la noche.

Por toda respuesta, Margarita me dio un beso.

Diga usted ahora la carta que está leyendo durante el transcurso del día. Dicha así:

«Amor mío, estoy algo indispuesta y el médico me ordena el reposo. Esta noche, pues, voy a acostarme temprano y no nos veremos; en cambio y para recompensarte, te aguardo mañana al medio día. Te amo mucho.»

¡Me engañó! fué mi primera exclamación. Y como la amaba demasiado para que no me trastornase tal sospecha, esperaba a correr frío y copioso sudor por la frente.

Y sin embargo, hechos semejantes debían esperarlos de Margarita casi todos los días; tal me había acontecido con las otras

amantes que meiera, sin que de ello hiciese gran caso. ¿De dónde provenía, pues, el imperio que aquella mujer iba tomando sobre mi vida?

Entonces, cuando como era yo de la llave de su casa, imaginé ir a verla como de costumbre, con la cual tardaría poco en saber la verdad; y si la encontraba en compañía de un hombre, abandonarla.

Interín, me fui a los Campos Elíseos, donde en vano aguardé por espacio de cuatro horas; por la noche, y con el mismo resultado, seguí uno a uno todos los teatros a que ella acostumbraba concurrir.

A las once me hallaba en la calle de Antin, y al llegar delante de la casa de Margarita levanté los ojos para ver si había luz en las ventanas; todo estaba obscuro.

— ¿A dónde va usted? — me preguntó el portero al oír que llamaba.

— A casa de la señorita Margarita Gautier — le respondí.

— Todavía no se ha recogido.

— ¿Se aguardará en su habitación?

— No hay nadie en ella.

Evidentemente era aquella una resigna, y nada más fácil para mí que forzarla, ya que poseía la llave; mas temeroso de un escándalo ridículo, me fui. Sin embargo, no supe irme a mi casa; parecía que un poder invisible me tenía clavado en la calle de Antin y que mis ojos no pudiesen apartarse de las ventanas de Margarita. Antojábaseme que iba a saber algo nuevo, o a lo menos que mis sospechas iban a confirmarse.

A cosa de media noche, y poco más o menos delante del número 4, se detuvo una talera que me era bien conocida, y el conde de G... se apeó de ella, despidió al cochero y se metió en la casa.

Por un instante supuse que lo mismo que a mí, le dirían que Margarita estaba fuera, y que se volvería inmediatamente; pero a las cuatro de la madrugada todavía me encontraba yo en el mismo sitio, esperando en vano la salida de aquel.

Mucha he sufrido durante las tres últimas semanas; pero se me antoja que es nada en comparación del martirio que experimenté aquella noche.

Una vez en mi casa, comencé a llorar como un niño. ¡Ay! lo que en tales momentos se padecer no hay hombre que no lo sepa, porque no hay hombre a quien no hayan engañado una vez o lo menos.

A impulsos de aquella resolución que el estado febril lleva a nuestro ánimo y que no parece que deba abandonarnos nunca,

dijeme que era preciso romper prontamente con semejante amor, y aguardé con devastadora impaciencia la llegada del día para volverme al lado de mi padre y de mi hermana, doble amor del que estaba segura y que me podía engañarme.

Sin embargo, no quería partir sin que Margarita supiese clara y rotundamente por qué me iba: sólo el hombre que ha dejado en absoluto de amar a su amante, le abandona sin escribirle.

Fier y felice veinte cartas en mi imaginación.

Había idealizado a una cortesana vulgar, a una cortesana que me había engañado con la más sencilla e insolente astucia. No podía ser más claro. Inspirado con semejantes ideas, sublevéme el amor propio, y determiné abandonar a aquella mujer sin darle la satisfacción que supiese a costa de qué sacrificio rompía yo con ella. He aquí lo que escribí, con el carácter de letra más elegante que me fué posible y con los ojos privados de lágrimas, de rabia y de desesperación.

Mi querida Margarita: Espero que su indisposición de ayer no haya sido cosa de importancia. A las once de la noche fui a informarme de cómo seguía usted, y me respondieron que todavía no se había recogido. Sin embargo, el señor de G... fué más afortunado que yo, pues habiéndose presentado poco después, a las cuatro de la madrugada todavía se encontraba en casa de usted.

Dispénsame estas pocas horas de hastío que le he hecho pasar, y quépale la certeza de que nunca olvidaré los instantes de dicha que le debo.

Hoy hubiera ido también a preguntar por su salud, pero he determinado volverme al lado de mi padre, y esto me lo veda.

Adiós, mi querida Margarita: soy bastante rico para amarla a usted como yo quisiera, ni lo suficiente pobre para amarla como usted querría. Olvidémos, pues, usted un hombre que debe serle casi indiferente, y yo una dicha para mí imposible.

De devuelvo la llave que me entregó y no me ha servido, pues podría serle útil si acostumbrara estar enferma como ayer.

No tuve fuerzas para concluir la carta sin una honra impertinente, demostración palpable de cuán enamorado estaba todavía.

Leí y releí diez veces aquella carta, y al imaginar que iba a causar una desazón a Margarita, me calmé un poco; luego traté de cobrar ánimo en los sentimientos fingidos en el contexto de la misiva, y cuando, a las ocho, mi criado entró en mi cuarto, se la entregué para que inmediatamente la llevara a su destino.

— ¿Hay que aguardar contestación? — me preguntó José, que, como todos los criados, así se llamaba el mío.

— Si te preguntan si la has, responde que no la sabes, y aguarda.

¡Qué infelices y débiles somos! Todavía alentaba yo la esperanza de que Margarita iba a contestarme.

Durante todo el tiempo que estubo ausente mi criado, sentí una turbación indecible. Y acordándome de qué modo Margarita se me entregara, me preguntaba con qué derecho le escribía una carta impertinente cuando ella podía contestarme que no era el señor de G... quien me hablaba, sino yo el que hablaba al señor de G...; razonamiento que permite a muchas mujeres tener varios amantes: ya trayendo a la mente los juramentos de ella, declame que mi carta era aún demasiado suave y que no había vertido en ella palabras bastante duras para afrentar a una mujer que jugaba con un amor tan sincero como el mío; o bien imaginaba que le mejor hubiera sido no escribirle, sino ir a verte durante el día para de esta suerte poder haberme posado en las lágrimas que le habría hecho verter. En fin, me preguntaba qué iba a contestarme, inclinando ya mi ánimo a admitir las excusas que me diese.

— ¿Y bien? — pregunté a José, así que estubo de vuelta.

— Señorita — me respondió, — la señora duerme todavía: pero en cuanto llamo, le entregarán la carta; y si hay contestación la traerán.

¡Margarita estaba durmiendo!

Mil veces sentí anhelos de ir a recoger la carta.

— Pero no — decía entre mí, — quizá se la han entregado ya, y por otra parte, está dadas a entender que me he arrepentido.

Cuanto más se acercaba la hora en que era verosímil que Margarita me contestara, más me arrepentía de haberla escrito.

Dieron los días, los once, los doce. A esta hora, y por un instante, no supe qué hacer, si acudir o no a la cita como si nada hubiese acontecido. En una palabra, no sabía qué discurrir para romper el círculo de hierro que me oprimía.

Entonces, poseído de la superstición de las que esperan, pensé que si salía un rato de casa, a mi vuelta hallarla la contestación. Las contestaciones que se aguardan con impaciencia, acostumbran siempre llegar cuando estamos ausentes.

Effectivamente, salí con el pretexto de irme a almorzar.

En vez de hacerlo en el café Foy, en la esquina del boulevard, como tenía por costumbre, preferí entrar en el Palais-Royal, pasando por la calle de Anfin. Cada vez que divisaba, a lo lejos, una mujer, me parecía ver a Nanon que me traía contestación. Sin embargo, atravesé la calle de Anfin sin haber encontrado mandadero alguno, y llegado que hubé al Palais-Royal, entré en casa de Verx, donde el conserje me sirvió lo que él quiso, pues

yo, en lugar de probar los manjares, me apartaba los ojos del reloj.

Cuando volví a casa, estaba seguro de que iba a hallar en ella carta de Margarita. Era tal mi convencimiento, que cuando el portero me dijo que nada había recibido para mí, fijé la esperanza en mi criado; pero éste no había visto a nadie desde que yo saliera.

Si Margarita hubiese debido contestarme, lo hubiera efectuado mucho rato hacía.

Entonces me arrepentí de las palabras que empleara en mi carta, y me dije que lo más acertado hubiera sido guardar absoluto silencio, ya que así hubiera puesto a Margarita en sobresalto, obligándola a inquirir de mí la causa de no haber acudido a la cita del día anterior, única circunstancia en que hubiese debido darme explicación de mi ausencia. De esta suerte, ella no hubiera tenido otro remedio que disculparse, y eso precisamente quería yo, pues conocía ya que habría admitido por buena cualquiera razón que me hubiese dado y que lo hubiera preferido todo al martirio de no verla más.

Hasta llegué a creer que vendría a verme a mi propia casa; pero en vano la aguardé. Margarita no era como las demás mujeres, pues contadas son las que, al recibir una carta como la que yo le había escrito, no contestan algo. A las cinco me fui a los Campos Elíseos.

— Si la encuentro — decía para mis adentros — fingió la mayor indiferencia, y así creerá que no pienso en ella.

Al llegar a la esquina de la calle Real, la vi pasar en su coupé; pero fui tan impresionado el encuentro, que palidecí intensamente. Ignoro si ella advirtió mi emoción; en cuanto a mí, sólo recuerdo que me turbé hasta el extremo de que ánicamente el su coche.

En vez de continuar mi paseo hacia los Campos Elíseos, me puse a leer los carteles de los teatros, donde me quedaban aún probabilidades de verla.

Aquella noche había estreno en el Palais-Royal, y era más que probable que Margarita asistiría a él.

A las siete me encontraba ya en el teatro, cuyos palcos fueron llenándose uno tras otro; pero no pareció.

Entonces salí del Palais-Royal y seguí, uno a uno, todos los teatros a que Margarita solía concurrir: el Vaudeville, Varietés, la Opéra Comique; no estaba en ninguno de ellos.

O mi carta le había dado tal pesadumbre que le quitara las ganas de ir al teatro, o tenía un encuentro conoigo.

Esto me inspiraba la vanidad, cuando, en el boulevard me encontré con Gastón, quien me preguntó de dónde venía.

— Del Palais-Royal — le respondí.

— Y yo de la Opéra; creía verle a usted allí.

— Por qué?

— Porque estaba Margarita.

— ¡Ah! Margarita estaba en la Opéra?

— Sí.

— ¿Sola?

— No; con una amiga.

— ¿Y nadie más?

— El conde de G... ha pasado un rato en su palco; pero ella se ha ido con el duque. A cada instante me parecía que iba a verme a usted, pues a mi lado había una butaca que ha permanecido desocupada toda la noche, y no sé por qué me he figurado que usted la habría adquirido.

— Pero ¿por qué habría de ir yo adonde Margarita?

— ¿Tendría algo de particular siendo usted su amante?

— ¿Y quién le ha dicho usted esto?

— Prudencia, a la cual encontré ayer. Le felicito a usted, Armando; tiene usted una querida como no la poseen todos los que quieren. Consérvela usted y esta le dará tono.

Esa sencilla reflexión de Gastón me demostró cuán ridículas eran mis susceptibilidades. De seguro que, de haberlo encontrado la víspera y haberme hablado de tal suerte, no hubiera escrito yo la necia carta de la mañana.

Por un instante vacilé entre si me iba o no me iba a casa de Prudencia para solicitar, por su mediación, una entrevista con Margarita; pero temeroso de que ésta, por vergüenza, me contestase que no podía recibirme, me recogí después de pasar por la calle de Antín.

Volví a preguntar al portero si había carta para mí, y me respondió que no.

«Habría querido ver si yo daba algún nuevo paso y si me retractaba de mi carta de hoy, me dije al acostarme; pero al ver que no lo escribo, ella lo efectuará mañana.»

Aquella noche, sobre todo, me arrepentí de lo que había hecho. Me encontraba solo en mi casa, desvelado, devorado por la inquietud y por los celos; cuando de haber dejado seguir su curso natural a los acontecimientos, hubiera debido encontrarme al lado de Margarita y oír de labios de ésta hechiceras palabras que no había escuchado sino dos veces y que en mi soledad martilleabanme incessantemente las oídos.

Lo harto de mi situación, era que el raciocinio me había demostrado que había procedido mal. En efecto, todo me decía que Margarita me amaba; primeramente, el proyecto de pasar

un verano en el campo a solas conmigo; luego, la certeza de que nada la obligaba a ser mi querida, toda vez que mis bienes no alcanzaban a satisfacer sus necesidades ni aun sus caprichos. Sólo había inspirado, pues, sus actos la esperanza de hallar en mí un afecto sincero, capaz de compensarla de los amores mercenarios en medio de los cuales vivía, y a los dos días destruí yo esta esperanza y pagaba con una ironía necia el amor que aceptara durante dos noches. Mi conducta, pues, era no ya ridícula, sino infelizada. ¿Por ventura había pagado yo a aquella mujer, para creerme con derecho a vengar de su vida? Y refiriéndome a los dos días ¿no me asemejaba a un parásito de amor que tiene a cada instante le presenten la cuenta del festín? ¿Cómo! sólo había tratado a seis horas que conocía a Margarita, y, de éstas, reiniciando que era su amante, y me las echaba ya de insensible, y en lugar de rebosar de júbilo al ver que me interesaba por mí, la quería todo para mí solo y me consideraba con razón suficiente para obligarla a romper de golpe sus relaciones con lo pasado, que representaban sus utilidades para lo porvenir? ¿Qué tenía yo que echarle en cara? Nada. Me había escrito que se encontraba enferma, cuando podía haberme dicho sin ambages, con la sola franqueza de ciertas mujeres, que debía recibir a su amante; y en vez de dar crédito a su carta y pasearme por todas las calles de París excepta la de Antin, en vez de pasar la noche con mis amigos y presentarme al día siguiente a la casa convenida, en su casa, me las echaba de Ocelo, la espía, y creía castigarla no volviendo a verla, siendo así que ella, al contrario, debía darse mil enhorabuena de semejante separación, juzgándose el mayor necio del mundo. Ah! su silencio ni siquiera significaba rencor, sino desdén.

En aquella ocasión debía haber hecho a Margarita un obsequio que hubiese disipado en ella toda duda respecto de mi generosidad, permitiéndome continuar tratándola como cortesana; pero me hubiera parecido que con la más mínima apariencia de tráfico ofendía, si no su amor por mí, a lo menos el que yo sentía por ella; y ya que mi amor era tan puro que no consentía participaciones, no podía pagar con un regalo, por espléndido que fuese, la dicha que el proporcionaba, por efímera que tal dicha hubiera sido.

Esto me costó una y otra vez durante aquella noche, y eso sentía a cada instante impulsos de ir a decirselo a Margarita. Claró el día encontrándome aún despierto, y, además, dominado por la fiebre; Margarita era mi único pensamiento.

Me era indispensable tomar una resolución firme, esto es:

o había de romper definitivamente con aquella mujer; o abogar mis escrúpulos, dando que constase todavía en recibirme.

Pero ya sabe usted que los hombres aplazamos siempre la ejecución de una resolución definitiva; así, incapaz de quedarme en casa y no atreviéndome a parecer por la de Margarita, ensayé un medio de acercarme a ella, medio que, de salirme bien, me amor propio podría agradacerlo al acaso.

Eran las nueve, y me fui corriendo a casa de Prudencia, la cual me preguntó la causa de mi visita en hora tan temprana.

No atreviéndome a decirle con franqueza el motivo, le respondí que había madrugado para marcharme a G. donde estaba mi padre.

— ¡Dichosa usted que puede ausentarse de París en este hermoso tiempo — me dijo Prudencia, a la cual miré como preguntándome si se estaba burlando de mí.

Pero no, su rostro estaba serio.

— ¡Ah! usted a despedirse de Margarita? — añadió con la misma gravedad.

— No.

— Hace usted bien.

— ¿Le parece a usted así?

— Naturalmente; ya que ha transido usted con ella ¿a qué volver otra vez?

— ¡Ah! ¿está enterada de nuestro rompimiento?

— Me ha dado a leer la carta de usted.

— ¿Y qué le ha dicho?

— Textualmente las siguientes palabras: «Mi querida Prudencia, su protegido de usted es un mal educado: estas cartas pueden pensarse, pero no se escriben.»

— ¿Y con qué tono se la ha dicho a usted eso?

— Riéndose, y luego ha añadido: «Ha cenado dos veces en mi casa, y ni siquiera me paga la visita de digestión.»

He ahí el efecto que mi carta y mis celos habían producido. En verdad que me vi cruelmente humillado en la vanidad de mi amor.

— ¿Y qué hizo anoche? — seguí preguntando.

— Se fué a la Ópera.

— Lo sé. ¿Y luego?

— Cenó en su casa.

— ¿Solo?

— Creo que con el conde de G.

Así pues, mi rompimiento no había modificado para nada las costumbres de Margarita. A esto se debe el que cuando uno rompe con una cortesana, se encuentre con quien le diga:

«No piense usted más en esa mujer. ¿No conoce usted que no le quería?»

— ¡Vámonos — exclamé con falsa sonrisa, — me alegro que Margarita no se desespere por mí.

— Y tiene razón que le sobra — repuso Prudencia —; pero aquí el cuerdo ha sido usted, que ha procedido como debía, porque, de continuar de ese modo las cosas, esa muchacha hubiera sido capaz de hacer alguna locura. Le digo a usted que le llevaba afecto; en todo el santo día no hacía más que hablar de usted.

— Pues si me ama, ¿por qué no me ha contestado?

— Porque ha comprendido que hacía mal en amarlo. Además, las mujeres soportan alguna vez que se hable su amor, pero nunca que se las hable el amor propio; y esto último he tenido siempre cuando dos días después que un hombre es su amante, éste las abandona, sean cuales fueren las razones que se aleguen para justificar el rompimiento. Conozco muy bien a Margarita: pronto morirá que contestarle a usted.

— Entonces ¿qué debo hacer?

— Nada. Usted lo olvidará, ella hará lo mismo, y quedarán ustedes en paz.

— ¿Y si le escribiese solicitando su perdón?

— Guárdese usted de hacerlo, porque se lo concedería.

Al ver estas palabras, sentí impulsos de abrazar a Prudencia.

Un cuarto de hora después, de vuelta a mi casa, escribí lo siguiente a Margarita:

«Alguien que se arrepiente de haber escrito ayer una carta, y que mañana saldrá de París si usted no le perdona, anhela saber a qué hora podrá depone a los pies de usted su arrepentimiento.

«¿Cuándo podrá venir a solas?», porque ya sabe usted que las confesiones deben hacerse sin testigos.

Doblé esta especie de madrigal en prosa y lo envié por José, quien lo entregó en propia mano de Margarita, la cual respondió que contestaría más tarde.

No salí de casa sino para ir a comer, y a las once de la noche todavía no había recibido contestación. Entonces resolví no aguardar más y ponerme en camino al día siguiente.

En virtud de esta determinación y convencido de que si me acostaba no me dormiría, me puse a arreglar mis maletas.

Una hora llevaríamos José y yo preparándonos todo para mi partida, cuando llamaron estruendosamente a la puerta.

— ¿Abre? — me preguntó José.

— Abre — le respondí, mientras buscaba en mi imaginación

quién podía venir a hora semejante a mi casa y no atreviéndose a creer que fuese Margarita.

— Señorito — me dijo José entrando de nuevo, — hay dos señoras.

— Somos nosotros, Armando — gritó una voz que al punto reconocí ser la de Prudencia.

Abandoné precipitadamente mi cuarto. De pie, contemplando las curiosidades que adornaban mi salón estaba Prudencia. Sentado en el canapé se hallaba Margarita, entregada a hondas reflexiones.

Verla, correr hacia ella, prosternarme a sus pies, cogerle las manos y con voz conmovida solicitar en perdón, fué todo uno.

Esta es en la tercera vez que le perdono — me contestó Margarita posando sus labios en mi frente.

— ¡Iba a partir mañana!

— ¿Y en qué puede mi vista modificar tu resolución? No he tenido para impedir que abandones París, sino porque en todo el día no me ha sido posible contestarte, y de no venir, tal vez me hubieses juzgado enojada contigo, lo cual no es cierto. Es más, Prudencia se empeñaba en que no viniese, alegando que quizá no haría más que incomodar.

— ¡Tú incomodarme, Margarita! ¿Será posible?

— ¿Por qué no? Podría haber por aquí alguna mujer — respondió Prudencia, — y no hubiera sido muy agradable ver llegar a otras dos.

Mientras Prudencia hacía semejante observación, Margarita me miraba atentamente.

— Querida Prudencia, — contesté —; permítame que le diga que está usted disparatando.

— ¿Sabe usted que me gusta la habitación? Es muy bonita.

— replicó Prudencia —; Puede verse el dormitorio?

— No hay inconveniente — respondí.

Prudencia entró en mi cuarto, más para reparar la necesidad que acababa de decir y dejarnos a solas a Margarita y a mí, que por curiosidad.

— ¿Por qué has traido contigo a Prudencia? — pregunté entonces a Margarita.

Porque se encontraba conmigo en el teatro y he querido que alguien me acompañase al salir de aquí.

— No estale ve ansa?

— Sí, pero aparte que no quería incomodarte, me cabía la seguridad de que al llegar a la puerta de mi casa, instarías para que te dejase subir, y como no me era posible acceder a tus de-

seas, he preferido que me acompañase Prudencia. Así, al menos, no podré echarme en cara una negativa.

— ¿Y por qué no podrías recibirme?

— Porque siguen todos mis pasos, y la menor sospecha podría acarrearne graves perjuicios.

— ¿De veras es este el único motivo?

— Si otro existiese, también te lo diría: entre nosotros aca- bíronse ya los secretos.

Oye, Margarita; ¿quieras decirme, hablando sin ambages ni rodeos, si me amas un poco?

Mucho.

— Entonces, ¿por qué me has engañado?

— Si yo fuese un duquesa con doscientos mil francos de renta, y siendo tu querida inviese otro amante, entonces te cabría el derecho de preguntarme por qué te engaño; pero no siendo, como no soy, más que la señorita Margarita Gautier, cuyos deudas ascienden a cuarenta mil francos, y sabiendo mi gasto anual a cien mil, apesar de no poseer un céntimo de fortuna, tu pregunta es ociosa, y excusada mi respuesta.

— Es cierto — dice dejando caer mi cabeza sobre las rodillas de Margarita — ¿pero yo te amo frenéticamente.

— Pues bien, amigo mío, o deberías amarme un poco menos o compréndeme un poco más. La carta que me escribiste me causó pesadumbre. A ser yo libre, no hubiera recibido al conde ante- ayer, o, de haberla recibido, habría sido yo la que habría solici- tado tu perdón, y en adelante no tendría otro amante que tú. Por un instante creí poder disfrutar de esta dicha durante seis meses; pero tú no lo has querido por haberte empeñado en conocer los medios de que me hubieses valido para ello, medios que, por otra parte, eran fáciles de adivinar y envolvían para mí un sacrificio mucho más grande de lo que puedes imaginarte. Ya podía haberte pedido veinte mil francos, y como tú eras enamorado de mí, los hubieras encontrado; si bien es probable que más adelante me lo hubieses echado en cara. He preferido no darte nada, y tú no has comprendido mi delicadeza, que así debe llamarse al acto por mí ideado. Nosotras, cuando nos queda todavía un poco de corazón, damos a las palabras y a las cosas una extensión y un alcance que no conocen las demás mujeres; por lo tanto, y vuelvo a decirlo, el medio que habría hallado Margarita para sa- tisfacer sus deudas sin pedirte a ti un céntimo, era una delicadeza de que tú debieras haberle aprovechado sin abrir los labios. Si hoy (ese el primer día que me conocieses, considerarías más que recompensado mi amor con el que yo te prometiese, y no me preguntaras qué hice anteayer. Nosotras nos vemos obligadas,

a veces, a comprar las satisfacciones del alma a expensas del cuerpo; y cuando esta satisfacción se desvanece, el dolor que sentimos es superior a toda eucaristía.

Yo miraba y escuchaba a Margarita con la mayor admiración. Al imaginar que aquella peregrina mujer, cuyos pies hubiera an- helado besar en otro tiempo, consentía en hacernos partícipe de sus pensamientos y en darnos una representación en su vida, y que, a pesar de todo, no me contentaba yo con lo que me concedía, preguntábame si el deseo del hombre tiene límites, ya que, satisfecho tan prontamente como había sido el mío, todavía as- piraba a más.

— Es cierto — continuó Margarita — nosotras, hijas del amor, tenemos deseos extravagantes y amores incomprensibles. Yo nos entregamos por una cosa, ya por otra. Gentes existen que se arruinarían sin lograr nada de nosotros, y los hay que con un mano de flores nos consiguen. Nuestro corazón tiene caprichos, a bien que éstos son su única distracción y su única disculpa. A ti me he entregado más pronto que a ningún hombre, te lo juro. ¿Por qué? Porque al verme arrojar sangre por la boca me co- giste la mano y lloraste; y eres la única criatura humana que se haya compadecido de mí. Voy a decirte una locura; tiempo atrás tenía ya un perro que me miraba tristemente cada vez que me oía toser; era el único ser al cual le querido, y cuando murió derramé por él más lágrimas que no cuando murió mi madre. Verdad que ésta se pasó doce años de su vida pagándome. Pues bien, desde el primer momento sentí por ti tanto amor como le debía a mi perro. Si los hombres supiesen cuánto puede conse- guirse con una lágrima, se verían más amados y nosotras serí- mos menos ruinosas. Tu carta no te ha favorecido, pues me ha revelado que no pesabas todas las cualidades del corazón, y te ha perjudicado en mi amor por ti más que cuanto pudieras haberme hecho. Ya sé que te han impulsado a escribirlo los ojos; pero tus ojos han sido irónicos e impertinentes. Cuando la he re- cibido dominábame ya la tristeza, y no esperaba sino verte a me- dida para ahogar contigo y desvanecer, viéndote, un tenaz pensamiento que alimentaba en mi mente, y que antes de con- vertirse admitía sin esfuerzo. Además, prosiguió Margarita después de una ligera pausa, llegué a figurarme que tú eras la única persona ante la cual podía yo pensar y hablar sin trabas alguna. Cuantos rodean a las mujeres de mi condición tienen interés en escucharme sus más insignificantes palabras y en deducir conse- cuencias de sus actos más triviales. Nosotras carecemos natural- mente de amigos, pero tenemos amantes egoístas que derrochan en fortuna, no por nosotros, como ellos dicen, sino por vanidad.

Para esta clase de gentes es menester que estemos alegres cuando ellas lo están, que nos encuentren dispuestas a reír cuando ellas quieren; hama sde ser escepticas como ellas. En cuanto al corazón nos está vedado tenerlo, so pena de vernos escarnecidas y de menoscabar nuestra fama. No nos pertenecemos; no somos personas, sino cosas; — en el amor propio de nuestros amantes ocupamos el primer lugar, en su estimación nada valemos. Amigas no nos faltan, pero de la condición de Prudencia. En otro tiempo meretrices, que todavía gustan del despilfarro, a pesar de que su edad ya no se lo consiente. Entonces se convierten estas en amigas nuestras, o más bien dicho, en nuestras comensales; llevan su amistad hasta la servidumbre, pero nunca hasta el desinterés. Poco les importa que tengamos los amantes a docenas, con tal que por ese medio logren un vestido o un traslado y puedan de tiempo en tiempo pasearse en nuestro coche y venir a nuestro palco. Les cedemos los ramos que ayer nos dieron, y nos piden prestados nuestros casacaes. Si de buenas se trata, no recibimos de ellas ninguno por mínimo que sea, que no nos lo hagan pagar doble. Tú mismo pudiste presenciario la noche en que Prudencia me trajo los seis mil francos que le encargué fuese a solicitar para mí del duque; pidióme prestados quinientos que no me devolverá nunca, o me los pagará en sombreros que no saldrán de las mismas cajas en que me los mandó. No padecemos, pues, o más bien dicho, yo no podía gozarme sino de una dicha, y era que en medio de la tristeza en que suelo vivir y de los sufrimientos que no me dejan, encontrase un hombre bastante superior para que no me exigiese cuenta de mi vida y fuese, más que el amante de mi cuerpo, el amante de mis impresiones. Ese hombre lo había encontrado en el duque; pero el duque es muy viejo, y la vejez no promete ni consuela. Creí, fuertemente, al principio, que me sería fácil acomodarme con la vida que me proporcionaba; pero ¡qué quieres! me moría de hastío, y, para consolarme, lo mismo me arrojarse a las llamas de un incendio, que asfixiarse con carbón. Entretanto te encontré a ti, joven, ardiente, dichoso.

Y pensé convertirme en el hombre por quien yo suspiraba en mi inquieta soledad. Lo que yo anhelaba en ti no era el hombre presente, sino el que debía ser; pero tú no te ayuntas a ello, rechazas semejante condición como indigna de ti; eres un amante vulgar; obra, pues, como estas; págame y vete.

Margarita, a quien fatigara esta larga confesión, se reclinó sobre el respaldo del campé, y para ahogar un débil acceso de tos, se llevó el pañuelo al rostro y se cubrió con él la boca y los ojos.

— ¡Perdón, perdón! — murmuré yo; — cuando acabas de de-

cirme lo había ya comprendido; pero quería verlo de tus propias labias, Margarita mía. Olvidemos lo pasado y no pensemos sino en que nos pertenezcamos mutuamente, en que somos jóvenes y nos amamos. Margarita, haz de mí lo que quieras, soy tu esclavo; pero de todo corazón te suplico que rompas la carta que te he escrito y no dejes que mañana me ponga en camino, pues la pesadumbre me mataría.

Margarita sacó del cuerpo de su vestido mi carta, y entregándomela, me dijo, sonriéndose con dulzura inefable:

— Toma; te la traía.

Cogí la carta, y, después de romperla en mil pedruzcos, besé, con lágrimas en los ojos, la mano que me la había devuelto.

En esto apareció de nuevo Prudencia, a la cual preguntó Margarita:

— ¿A ver si adivina usted lo que me está pidiendo Armando?

— Le pide a usted perdón.

— ¡Eso mismo.

— ¿Y usted se lo concede?

— No puedo negárselo; pero todavía solicito de mí otra cosa.

— ¿Cuál?

— Quiere venirme a cenar con nosotros.

— ¿Y usted consiente?

— ¿Qué le parece a usted?

— Que son ustedes dos niños, y que uno y otro han perdido la chaveta. Pero también se me ocurre que el hambre me aprieta, y que cuando más se apresure usted en acceder, más pronto ce-naremos.

— Siendo así — repuso Margarita, — vamos a ver si nos acomodamos los tres en el coche.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

— Como Nanina estará ya acostada, abrirá usted la puerta; tome usted la llave y procure no perderla otra vez.

Por toda respuesta di un fuerte abrazo a Margarita.

En este momento entró José, y con ademán de hombre satisfecho de sí mismo, me dijo:

— Señorita, las maletas están arregladas.

— ¿Completamente?

— Sí, señor.

— Pues vuelva a desahuciarlas; porque no me marchó.

En pocas palabras hubiera podido contar a usted — dice Armando — el principio de mis relaciones con Margarita; pero lo querido que viere usted claramente por qué acontecimientos, y por qué graduación de sucesos llegamos, yo a consentir todo cuanto ella quiso, y ella a no poder vivir sino conmigo.

En pocas escenas se da este relato en la película, pero insistimos en que este argumento sirve para mejor admitir y comprender la película, a los que no hayan leído la inmensa obra de Dumas. Así también nos parece pertinente añadir que Margarita que sigue hablando Armando — empezó por no recibirme más que de media noche a las seis de la mañana; luego y de vez en cuando, me admitió en las palcas, y por fin vino Margarita algunas veces a comer conmigo. Aconteció también, que una mañana no me fui de su casa hasta las ocho, y en otra ocasión hasta el mediodía.

Al mismo tiempo que la metamorfosis moral, se operaba también en Margarita una metamorfosis física. Yo había tomado a pecho su curación, y la pobre, adivinando mi propósito, me obedecía para manifestarme mi agradecimiento. De este modo, sin violencia ni esfuerzo, logró apartarla de sus antiguas costumbres. Mi médico, que la visitó a veces sólo, me había dicho que únicamente el reposo y la tranquilidad podían conservar la salud, y tanto conseguir, que las cosas belicistas y los insomnios pudieran sustituirlos por un régimen higiénico y un sueño regularizado. Margarita, sin darse cuenta de ello, acostumbró a este nuevo modo de vida, cuyos saludables efectos experimentaba. Ya empezaba a quedarse algunas noches en su casa, y si hacía buen tiempo, se envolvía en un chal de casimir, y saliendo al viento con un velo, nos íbamos a pie, como dos niños, a pasear por las sombrías alamedas de los Campos Elíseos. Al regresar fatigada a casa, temblaba rígidamente y se acostaba. Después de haber tomado un poco el pinto, o de haber leído, lo que yo había hecho nunca. Los accesos de tos, que me desgarraban el pecho cada vez que los días, habían desaparecido casi del todo.

A las seis semanas, no se hablaba ya del condón, ni a quedó definitivamente sacrificado; sólo el cuerpo me obligó a ocultar mis relaciones con Margarita, y aun había sido despedido con frecuencia mientras me encontraba yo en la habitación. A ésta, so pretexto que la señora estaba durmiendo y había prohibido que la despertasen.

De la costumbre y aun de la necesidad que de verme tenía Margarita, resultó que yo abandonase el juego en el preciso momento en que un jugador experto le hubiera hecho. Hecho tal como me encontré con un capital de unos diez mil francos, que me parecía inagotable.

En esto, llegó el tiempo en que yo solía ir a ver a mi padre y a mi hermana; y como pedí de efectuarlo, comencé a recibir carta tras carta del uno y de la otra, en que me instaban a que me reuniese con ellos. Yo contesté como supe, repitiéndoles siem-

pre que mi salud era excelente y que no tenía necesidad de dinero, cosas ambas, a mi entender, que debían proporcionarme a mi padre algún consuelo por el retardo de mi visita anual.

Así las cosas, aconteció que cierta mañana, habiendo un brillante rayo de sol despertado a Margarita, salió ésta de la cama y me preguntó si quería llevarla a pasar el día en el campo. Asentí gustoso, y mandamos recado a Prudencia. Poco después partíamos los tres, después de haber ennegado a Ninina que dijese al duque que la señora, queriendo aprovechar tan hermoso día, se había ido al campo con Mme. Duvernoy.

En todo tiempo se ha asociado el campo al amor, y han hecho bien, pues no hay más preciso marco para encerrar a la mujer a quien amamos como el azul firmamento, las acacias, las flores, las brisas y la resplandeciente soledad de los campos o de los bosques. Por mucha que amemos a una mujer, por gran confianza que tengamos en ella, sea cual fuere la seguridad que respecta del porvenir nos inspira un pasado, siempre sentimos algo de celos. Si usted ha estado verdaderamente enamorada, por fuerza ha debido usted sentir la necesidad de aislarse de la gente al ser en el cual hubiera usted querido vivir por entero. Por indiferente que sea a cuanto la rodea, la mujer amada pierde algo de su aroma y de su unidad al contacto de los hombres y de las cosas. Yo experimentaba esto con más fuerza que otro alguno, por la fuerza de que no sentía un amor vulgar, sino que estaba enamorada cuanto es posible estarlo, pero de Margarita Gautier, de la cual podía yo encontrarme a cada paso en París con un amante pasado o futuro. Mientras que en el campo, en medio de gentes a quienes nunca habíamos visto y que no se ocupaban de nosotros, en el seno de una naturaleza revestida con las galas de la primavera, y separada del bullicio de la ciudad, podía ocultar a las miradas de todos mi amor y amar sin bochornos ni cuidados.

La cortésana iba desapareciendo poco a poco; se quedaba a mi lado más que una mujer joven y hermosa, llamada Margarita, a quien yo amaba y de la cual era correspondido. El pasado se había desvanecido, y el porvenir se presentaba sin nubes; el sol iluminaba a un amante como pudiera haber iluminado a la más casta desposada. Nos paseábamos por aquellos encantadores sitios que parecen creados adrede para recordar los versos de Lamartine o cantar las melodías de Schu. Margarita, vestida de blanco y apoyada en mi brazo, me repetía por la noche y bajo el estrellado cielo las palabras que me dijera la víspera, y el mundo seguía a lo lejos su destino sin empujar con su sombra el risueño cuadro de nuestra juventud y de nuestro amor.

He aquí el ilusorio sueño a que se abandonaba mi espíritu,

cantivado por el ardiente sol de aquel día al andar con sus rayos al través de las hojas, mientras andado sobre la hierba de la isla a que habíamos aportado, un pensamiento libre de todos los lazos humanos que le sujetaban hasta entonces, volaba de esperanza en esperanza. Añada motor a esto que, desde el sitio en que me encontraba, describía, en la orilla, una risueña cascata de dos pisos, con una roca semicircular, por entre la cual y delante de la cascata distinguíase una alfombra de menuda hierba lisa como de terciopelo, y detrás del edificio un bosquecillo lleno de misteriosas esencias, y en el cual se oían borbotar todas las mananitas los senderos hechos la víspera bajo su verde césped.

Toda la gradería exterior de la cascata, hasta el primer piso, desaparecía bajo una cortina de arboledas.

De tal suerte reguila aquella cascata las ilusiones que me estaba yo forjando en aquel entonces, que, a fuerza de mirarla, acabé de convencerme de que era vida. Volvíame a mí mismo en ella en compañía de Margarita, de día recorriendo el bosque que cubría la colina y de noche sentados en la hierba, gozando ambos de una dicha como no hubiese sentido nunca criatura humana.

— ¿Qué anda aquí? — me dijo Margarita, que había seguido la dirección de mi mirada y quedaba adivinando mi pensamiento.

— ¿Dónde? — preguntó Prudencia.

— ¡Allí abajo — respondió Margarita, señalando con el dedo la cascata.

— ¡Ah! ¡preciosa! — replicó Prudencia: — ¿le gusta a usted? —

— ¡Mancha! —

— Pues diga usted al duque que se la alquile, y lo hará, estoy segura de ello. ¿Quiere usted que le hable?

Margarita me miró como para preguntarme cuál era mi opinión.

Al desvanecer Prudencia con sus últimas palabras mis ilusiones, me habían asajado tan bruscamente en la realidad, que la caída me dejó aturdimiento.

— En efecto, es una excelente idea — balbuceé sin saber lo que decía.

— Va lo arreglaré yo todo — dijo estrechándose la mano Margarita, que interpretó mis palabras según mi deseo. — Vámonos en seguida a ver si está por alquilar.

La casa estaba desocupada y pedían por ella un alquiler de dos mil francos.

— ¿Te gustaría vivir aquí? — me preguntó Margarita.

— ¡Y qué seguridad tendría de poder venir aquí! — replicó.

— ¿Por quién sino por ti me entregaría en ella?

— Pues deja que te alquile yo mismo.

— ¿Bastante loco? No sólo es inútil que tú la alquiles sino peligroso; ya sabes que no puedo aceptar más que de un solo hombre lo necesario para mis necesidades. Así, pues, no seas niño y déjame obrar como debo.

— ¡Lo cual quiere decir que cuando me queden dos días libres, vendré a pasarlos con ustedes — dijo Prudencia.

Alquilamos la casa y tomamos la vuelta de París hablando de esta nueva resolución.

Margarita era ya tan mía, que, al bajar del coche, ya veía yo sus combinaciones con esos menas escrupulosos.

Instalados ya los encontramos al iniciarse la tercera parte de la hermosa película que hace revivir a los fumosos amantes.

Disgustada con su protector, el viejo duque, que no podía tolerar que Margarita viviera públicamente con Armando, la Dama de las Camelias pudo entregarse plenamente al amor de éste, y los vemos, amantes apasionados, sentados debajo los árboles leyendo Armando la novela de «Manon Lescaut», que Armando ha dedicado a su amada.

Armando nos cuenta el encanto de aquellos días.

Mi compañera — nos dice — sentía arranques de niña por lo más insignificante. Algunas veces, cuando si no hubiese tenido más que diez años, corría por el jardín persiguiendo a una mariposa o a una libélula, y en ocasiones se sentaba en la hierba y se pasaba una hora entera examinando la flor de su nombre, ella que en ramos se gastara más dinero que el que necesita una familia para vivir en alegre abundancia.

Por aquel tiempo fue cuando Margarita leyó repetidamente «Manon Lescaut» y en que más de una vez la sorprendí anotando este libro.

— Cuando una mujer ama — me decía, — no puede hacer lo que le da Manon.

El duque le escribió dos o tres cartas; pero Margarita, que conocía el carácter de letra del anciano, me las daba siempre sin romper el sobre. Aquellas cartas estaban escritas de modo que en más de una ocasión me hicieron llorar. El anciano había creído que, negándose a dar dinero a Margarita, ésta volvería a él; pero cuando vio la ineffectu de su estrategia, no pudo luchar por más tiempo y le escribió solicitando que, como antes, le consintiese que fuese a verla, fueren cuales fuesen las condiciones que le dictase.

Yo, después de leer aquellas apremiantes y reiteradas cartas, las rompía sin hablar a Margarita palabra de su contenido, ni aconsejarla que volviese a admitir la visita del anciano, por más que me inclinase favorablemente a éste un sentimiento de piedad;

pero al tal hice, fué por temor a que ella no viese en mi consejo el deseo de que el duque se encargase de nuevo del gasto de la casa, pues lo que más temor me inspiraba era que me creyese capaz de sustraerme a la responsabilidad de su vida con todas las consecuencias a que su amor por mí pudiera haberle arrastrado.

Resultó, pues, que el duque, al ver que no recibía contestación alguna, dejó de escribir; y que Margarita y yo continuásemos viviendo juntos, sin preocuparnos del porvenir.

Describir nuestra nueva existencia sería cosa sumamente difícil. Componíase ésta de una serie de interinas, arrolladoras para nosotros, pero sin importancia para aquellos a quienes yo las refería. Cared sabe qué es amar a una mujer, cuán velozmente pasan los días, con qué amorosa pereza nos dejamos llevar al mañana, y cuánto nos hace olvidar de todo el amor apetuoso, confiado y correspondido. Toda otra mujer que no sea la mujer amada nos parece un ser inútil en la creación; deploramos haber arrojado ya algunas partículas de nuestra corazón a otras mujeres, y nos parece imposible que podamos estrechar otra mano que la que retenemos entre las nuestras. La mente rechaza toda civilización, todo recuerdo, es decir, todo lo que podría distraerla del único pensamiento que sin cesar se le ofrece. Cada día descubrimos en nuestra amada nuevos encantos, atractivos en que no habíamos sabido.

La vida queda reducida al cumplimiento reiterado de un deseo no interrumpido; el alma pasa a ser la vessel encargada de alimentar el fuego sagrado del amor.

Al llegar la noche, Margarita y yo nos encaminábamos con frecuencia al bocanillo que dominaba la casa. Allí escuchábamos las alegres armonías de la noche, pensando ambos en la hora cercana en que íbamos a abandonarnos uno en brazos de otro. Otras veces pasábamos acostados días enteros, sin dejar siquiera que penetrara el sol en nuestro cuarto.

Sólo Nisima estaba facultada para abrir la puerta de nuestro aposento, y aun esto cuando debía servirnos la comida, que en ocasiones tomábamos sin levantarnos y la interrumpíamos sin cesar con carcajadas y otros extremos de alegría. Luego nos dormíamos, pero breves instantes, pues sumergidos en nuestro amor nos parecíamos a los nadadores, que descienden al fondo del agua y sólo suben a la superficie para tomar aliento.

Sin embargo, de vez en cuando notaba yo que Margarita se inquietaba y aun determinaba ligeros; y al preguntarle la causa de su pesar, me respondía:

— ¡Ah! nuestro amor no es un amor vulgar; mi querido Ar-

mando, ni me quieres cual si yo no hubiese pertenecido nunca a nadie, y me estrezo a imaginar que un día, sorprendido de tu amor y reanimándome por mi pasado, me obligues a emprender de nuevo la existencia de la que me has arrancado. Piensa que ahora que he gustado esta nueva vida, la otra me mataría. Dime que no vas a abandonarme nunca.

— Te lo juro.

Al pronunciar yo estas palabras, Margarita me miraba de hito en hito como para leer en mis ojos la sinceridad de mi juramento; luego se arrojaba en mis brazos, y, ocultando la cabeza en mi pecho, me decía:

— Es que tú no sabes cuánto te amo.

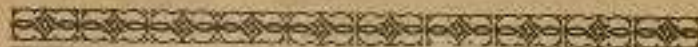
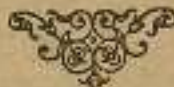
Hallándose, según decimos, sentados debajo de los árboles leyendo a *Marion Lescaut*, llegan a visitarles Gastón y Nichette. Son novios, y vienen, alegremente, a comunicar sus propósitos de casarse. Gastón confiesa que el puro amor de Nichette le ha hecho sentir la cabeza. Nichette cuchichea con Margarita y le muestra alegremente su anillo de prometida. Margarita, buena fundamentalmente y fundamentalmente cambiada, se entristece pensando que no le sería nunca permitidos tan pocos gozos. Cuando se quedan solos Armando y ella, aquél hace una alusión a la posibilidad de una boda entre ellos. Margarita sonríe tristemente. ¿Cómo sería posible? No, ella no puede, por más que quiera, borrar de su vida las manchas de fango que en ella dejaron sus desórdenes anteriores. Sólo quiere que le ame y no pretende escrutar en el porvenir, no puede mirar al porvenir sin sentir el corazón oprimido.

Después de esta tierna escena, vengo a Armando que marcha a París para una leve comisión. Margarita ha formado un plan que le permite continuar su idilio. Venderá todas sus joyas, todos sus muebles y con los pillares de francos que recoja vivirá olvidada en este bello rincón de Francia, un año, dos quizá. — ¿Después? Pero ¿no sabe ella que su amor no tiene porvenir? Así, cuando llega Prudencia y le presenta la autorización que necesita para venderlo todo, Margarita firma alegremente sin oír los consejos prudentes de su antigua amiga. Prudencia ha dejado una caja de dulces, cubierta por un ramo de flores, sobre el escritorio de Margarita. Y cuando considera, durante su conversación, que el momento es oportuno, afirma una vez más que Margarita está haciendo una locura, que al estrecharse por Armando no piensa en que éste tendrá que abandonarla. En cambio, el conde de Nivelle, que le ha entregado un recibo para Margarita — la caja que está en el escritorio — será tolerante y generoso, dará

tres o cuatro o cinco mil francos mensuales. ¿No vale la pena de reflexionar?

No — insiste Margarita, — no me separo de Armando, ni me avengo a ocultar que vivo con él. Tal vez sea una locura, pero ¿qué quiere usted? le amo. Además, Armando ha adquirido ya la costumbre de amarme sin obstáculos, y le causaría demasiada pesadumbre verse obligado a separarse de mí aunque sólo fuese una hora al día. Por otra parte, no ha de durar tanto mi vida para constituirme yo misma en símbolo de mi infelicidad. Guarde su dinero; me pasará sin él.

Entretanto las mujeres conversan, en automóvil conduciendo a un anciano severo y respetable se acerca a la casita de campo. Margarita, al oír el coche que se detiene ante la puerta, cree que Armando está ya de vuelta y se dispone a recibirle alegremente ocultándose junto a un diván, bajo una piel magnífica y olvidada, ante la presencia del suado de todas sus preocupaciones. Pero no es el amor el que llega, no, es la muerte para Margarita, porque es la razón y son los prejuicios sociales que es necesario respetar, encarnados en un hombre digno, honrado. El padre de Armando está ya en la puerta de la sala pidiendo permiso para entrar.



CUARTA PARTE

El aria de Alla Nazimova queda patente y sublimizado en las escenas con que comienza la cuarta parte de esta hermosa película. El padre de Armando, un poco sorprendido de que su hijo esté empujado tan locamente de una mujer como Prudencia, que es la única que permanece de pie, a su vista, la interroga:

— ¿Es usted la señorita Gaudier?

Y cuando ella va a negar, Margarita, que ha oído una voz que no es la de su amante, saca de bajo la piel su hermosa cabeza y se va mostrando a los ojos del padre de Armando, temerosa. Prudencia, haciendo honor a su nombre, abandona discretamente la estancia y queda frente a frente, para dialogar, el Honor y el Amor. Dejemos que Margarita nos cuente la escena:

— El padre de Armando se presentó cortésmente; pero apenas la conversación iniciada, mostré impertinente y tan amenazador que me obligó a recordarle que yo estaba en mi casa y que no tenía que darle cuenta de mi vida sino por el afecto sincero que sentía por su hijo.

«El señor Duval calmóse un poco, sin embargo de lo cual no dejó de decirme que no podía tolerar por más tiempo que su hijo se arrojase por mí; que si bien era cierto que yo era hermosa, por mucho que lo fuese no debía valerme de mis atractivos para cohibir a poder el porvenir de un joven, con gastos como los que yo estaba haciendo.

«A todo esto, sólo debía dar en una respuesta: no es verdad? y era probarle que desde que yo era amante de Armando no había reparado en sacrificios para mantenerme fiel. Le exhibí las papeletas del Monte de Piedad, los recibos de los individuos a quienes había vendido los objetos que no me fué posible empeñar, y le participé mi resolución de deshacerme de parte de mi mobiliario para pagar mis deudas y vivir con él sin resultarle una

carga demasiado pesada. Le conté además lo dichoso que éramos, y la revelación que debía a Armando de una vida tranquila y feliz. Al oír esto rióse a la evidencia, y me tendió la mano pidiéndome que olvidase el modo como se había presentado.

—Entonces, señora, — prosiguió — por medio de ruegos espero alcanzar de usted un sacrificio más grande que cuantos me ha hecho hasta el presente por mi hijo.

«Al oír este preámbulo me estremecí.



Margarita rechazó las instancias de Prudencia, que le invita a reanudar sus relaciones con el conde de Nivelles.

«El padre de Armando se acercó a mí, me cogió las manos, y con voz afectuosa continuó en los siguientes términos:

—Hija mía, no tome usted a mal lo que voy a decirle; bágase cargo de que, en ocasiones, la vida tiene necesidades amargas para el corazón, a las que es preciso someterse. Usted es buena, y su alma siente impulsos generosos, desconoce de muchas mujeres que quizás la desprecian a usted, sin valer lo que usted vale. Sin embargo, calcule usted que al lado de la amante está la familia; que, aparte del amor, existen los deberes, y que a la

edad de las pasiones sucede la edad en que el hombre para ser respetado, necesita ocupar una posición estable y seria. Mi hijo no es rico, y sin embargo, está pronto a donar a usted los bienes que heredó de su madre. Si él aceptase de usted el sacrificio que está usted próxima a llevar a cabo, su dignidad y su honor le obligarían a ratificar esa donación para ponerla a usted al abrigo de una total ruina; pero semejante sacrificio mi hijo no puede aceptarlo, porque la gente que no la conoce a usted, atribuiría a ese consentimiento una causa pérdida que no debe alcanzar al nombre que llevamos. No miraría si Armando la ama a usted, ni si usted le ama a él; si este doble amor es para él una dicha y una rehabilitación para usted; no vería sino una cosa, y es que Armando Duval había consentido que una cortesana, y perdóneme usted, hija mía, lo que me veo obligado a decirle, vendiese por él cuanto poseía. Más adelante, llegaría el día de las retribuciones y del arrepentimiento, y los dos arrastrarían ustedes una cadena que no podrían romper. ¿Qué harían ustedes entonces? Usted habría perdido su juventud, la carrera de mi hijo quedaría destruida, y yo, su padre, no alcanzaría sino de uno de mis hijos la recompensa que espero de ambos.

«Joven y hermosa como es usted, la vida le proporcionará consuelo; tiene usted además nobles sentimientos, y el recuerdo de una buena acción la redimirá de muchas cosas pesadas. Seis meses hace que la conoce a usted Armando, y me ha olvidado hasta el extremo de que solamente ha contestado a una de las cuatro cartas que le he escrito. Podría yo haberme muerto sin que él lo supiera.

«Sea cual fuere la resolución que tome usted respecto a llevar una vida distinta de la que hasta ahora llevó, Armando, que la quiere, no querrá condenarla a la reclusión a la cual le obligaría su modesta posición y que no es propia de la hermosura de usted. ¿Qué haría entonces? ¿Quién sabe! Sé que ha jugado, y sé también que lo ha hecho sin decir nada a usted; pero, en un momento de embriaguez, podía haber perdido parte de lo que yo obtengo desde hace muchos años para el dote de mi hija, para él y para mí vejez; y esto puede suceder todavía.

«¿Está usted segura, por otra parte, que la vida a que por él renuncia usted no la atraería de nuevo? Usted, que le ama, ¿tiene la certeza de que no va a sentir amor por otro? ¿No le haría a usted entrar las trabas que semejante unión pondría a la vida de Armando, de las cuales quizás no podría usted consolarle, si, con la edad, a los sueños de amor sustituyesen ideas de ambición? Reflexione usted sobre cuanto digo, señora; usted, que ama a mi hijo, pruébeselo por el único medio que todavía le que-

do, esto es, sacrificando su amor a su porvenir. Ana no ha sobrevenido desventura alguna; pero llegará, y tal vez más grande de las que proveen. Armando puede en día sentir celos de un hombre que lo ame a usted; puede provocarle, batirse con él, y morir. Imagine cuánto sufriría usted en presencia de un padre que le pedía cuenta de su hijo.

«No, mi hija

mía, sepa usted de una vez lo que me ha llevado a París. Como ya le he dicho tengo una hija joven, hermosa y pura como un ángel, la cual ama y ha hecho también de su amor el anhelo de su vida. Esto es lo que me ha escrito yo a Armando; pero éste, entregado por completo a usted, nada me ha contestado.

Pues bien, mi hija va a casarse con el hombre a quien ha entregado su corazón, va a entrar en una familia honrada que quiere que todo lo sea también su hija. La familia del hombre que va a ser mi yerno ha sabido de qué modo vive Armando en París, y me ha declarado que, de seguir éste semejante vida, se consideraría desligado de todo compromiso. El destino de una joven que ningún mal le ha causado a usted, está, pues, en sus manos. ¿Se considerará usted con el derecho y con la fuerza de romperlo? En nombre de su amor y de su arrepenti-



La razón ha triunfado y Margarita, mientras se produce el hundimiento de su mundo interior se despierta de Armando en una breve carta.

miento, Margarita, concédame usted la dicha de mi amada hija.

«¡Ah!, todas estas reflexiones que a menudo me hicieron yo a mi misma, me atravesaban silenciosas lágrimas, pues en los labios del padre de Armando adquirían una realidad mucho más grave. Yo, entre mí, me decía cuánto el buen señor no se atrevía a pronunciar, aunque mil veces lo había tenido en la punta de la lengua, esto es, que, al fin y al cabo, yo no era más que una meretriz, y que, fuese cual fuese la razón en que apoyase yo nuestra unión, siempre asombraría todas las apariencias de un escándalo; que mi pasado no me daba derecho a sufrir en semejante porvenir, y que aceptaba responsabilidades a las cuales mis costumbres y mi mala reputación no ofrecían garantía alguna.

«Ya amaba a Armando, pero el modo paternal con que me hablaba el señor Duval, los malos sentimientos que evocaba en mí, la estimación que de aquel buen anciano me iba a costar, la de Armando, que estaba segura de alcanzar más adelante, toda despertada en mi corazón todos sentimientos que me manifestaban a mis propios ojos y me inspiraban sanas emociones, de mí desconocidas hasta entonces. Al imaginar que, un día, aquel anciano que me suplicaba por el porvenir de su hijo, recomendaría a su hija que en sus oraciones mezclase mi nombre, como el de una misteriosa amiga, me sentía transformada y orgullosa de mí misma.

«La exaltación del momento quizá exageraba la realidad de tales impresiones; pero esto es lo que sentía; sentimientos desconocidos que anulaban los conceptos que me daba el recuerdo de las venturosas días que pasó con Armando.

«Está bien, caballero — dijo el señor Duval mientras me entregaba las lágrimas. — ¿Cree usted que amo a Armando?

«— Lo creo.

«— ¿Indiferentemente?

«— Sí.

«— ¿Cree usted también que en este amor había entrado yo mi esperanza, la realización de mis sueños, el perdón de mi vida?

«— Lo creo firmemente.

«— Pues bien, caballero, léese usted una vez como besaría a su hija, y le juro que este beso, el único verdaderamente casto que haya recibido, me dará fuerzas contra mi amor, y que antes de ocho días Armando habrá regresado al lado de usted, quizás desahogado por algún tiempo, pero curado de su pasión para siempre.

«— Es usted una buena joven — replicó el señor Duval besándome la frente. — Dios le bendiga en cuenta lo que va a intentar; pero me temo que nada va usted a conseguir de Armando.



...pues bien, caballero, bésame usted, como bésaría a una hija...

«¡Oh! no tema usted, caballero; Armando me odiará.»
Cuando el padre de Armando abandona la celda, Margarita, con el corazón destrozado, hace entrar a Prudencia. Y como ésta le indica que para cumplir lo ofrecido es lo mejor marcharse antes que Armando vuelva, Margarita escribe la carta que ha de hacerla odiosa al hombre que adora. «Nuestra aventura» ha terminado y me vuelvo a París. Las frases salen despreocupadas de la pluma, pero mientras se escriben, de los hermosas ojos de Margarita van cayendo lentamente las lágrimas.

Al amanecer del mismo día y en medio de una tormentosa tempestad que rima con la tormenta que ha destruido el corazón de Margarita, regresa ella a París, en automóvil y acompañada de Prudencia y Nanine. Sin que advierta la presencia de su amigo, se cruza Armando, en su regreso, con el auto en que Margarita vuelve a París. Armando, bien ajeno a lo ocurrido contra en la celda con la alegría de retorno y entra rápidamente en la sala donde cree que Margarita le espera. Llámala al principio en voz baja, sospechando una broma. Insiste después, un poco inquieto, buscándola tras de las cortinas y en la habitación inmediata. Finalmente se sienta junto al escritorio de Margarita, preocupado y vacilante. En un movimiento de su cabeza, alcanza a poner la vista sobre la carta que Margarita le ha dejado. La lee nerviosamente, ignorante del sublime sacrificio que representa, y su ira y su despecho y su amor pusoteado se traducen en una carcajada con la que se burla de sí mismo por haber confiado en el amor de una cortesana y acaba en un sollozo, porque a pesar de todo comprende que ha de seguirla amando.





QUINTA PARTE

Estámos en uno de los cabarets más elegantes de París. En primer término está, junto a la mesa de juego, y teniendo a su lado a una bella mujer, Armando Duval. En el fondo se ve el caprichoso escenario por el que desfilan los artistas, en un cuadro de revista. Armando, para vengarse de lo que él considera traición de Margarita, ha cambiado relaciones íntimas con Olimpia, que, a su lado, va recogiendo los billetes de mil francos que la hija tortura y poniéndolos en las manos de Armando. Esta tiene para Olimpia la misma atención que para el juego, es decir, que al uno le falta la atención. Vive como atraído por un torbellino, en el que quiere abogar su amor y sus recuerdos y vive encendido por el deseo de vengarse de Margarita, de hacer sufrir a Margarita. Gastón, su antiguo amigo, le observa de cerca. Ha venido con objeto de impedirle hacer alguna nueva locura. Olimpia, aunque sabe que no es amor, procura fingir amor para hacer su simación menos desahogada. Armando juega cada vez con más suerte y los billetes forman ya, ante él, una verdadera montaña.

Bedré tanto, Margarita, dando el brazo al conde de Nivelles, con el que ha reanudado sus relaciones, entra en el cabaret. También ella vive ahora una vida vertiginosa de cenas y de fiestas, son las que procura olvidar mientras se va matando espíritualmente. Delgadísima y elegante bajo su traje de noche, Margarita tiene un eterno gesto de tristeza que se convierte en ansiedad cuando ve a Armando en el cabaret, jugando locamente y jugando a Olimpia a su lado. Al conde de Nivelles, mientras Margarita queda en un segundo término, se aproxima a la mesa e intenta unas jugadas que le son afortunadas. Irritado por la suerte de Armando, del que continúa celoso, le insinúa unas palabras un poco despectivas. Es preciso ser un joven provinciano que juega las primeras veces para que la suerte se muestre tan propicia. Arman-

do le contesta de un modo altanero y sólo la presencia de los amigos de uno y otro puede evitar el choque. Finalmente el cronopio, limpiándose el sudor de la frente con el pañuelo, anuncia a Armando que ha hecho saltar la banca. Le es igual. Armando ha visto ya a Margarita y con un gesto de indiferencia, indica a Olimpia que puede recoger el dinero. Olimpia, mientras los concurrentes a la sala la rodean y felicitan por su suerte, va amontonando y guardando el dinero, muy emocionada. Armando abandona la sala y acierta a entrar en el saloncillo donde Margarita se ha refugiado.



Estámos en uno de los cabarets más elegantes de París

Armando olvida todos sus propósitos, las palabras de odio que ha pronunciado contra Margarita, sus deseos de venganza. Se acerca y después de breves palabras emocionadas, la coge una mano, que anhela. En una escena que Rodolfo Valentino y Alla Nazimova matizan admirablemente, asistimos a un diálogo de imponderable intensidad dramática. Margarita Gautier lucha entre el amor que la impulsa hacia su amante y el recuerdo del compromiso adquirido. Las palabras ardientes de aquél la hacen vacilar. ¿No sería lo mejor entregarse a él nuevamente, sin pensar más que en la gloria del momento, sin atender a lo que traerá el nuevo día? Pero este pensamiento un instante anheloso se

desvanecer. No puede luchar ya más entre ella y Armando. Así lo ha prometido. Y cuando Armando ve advierte la vacilación, la inquietud de Margarita, la batalla que se está librando en su alma, la interroga suplicante, cuando le pide que le descubra el misterio de su conducta, que le diga si verdaderamente ama al conde de Nivelles, lo que sería la única explicación aceptable para él, Margarita, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dice la sublime mentira: Sí, ama al conde.



Armando. Loco de amor y despecho, juega y gana locamente

Loco de despecho y de amor y de celos, Armando, que ha perdido toda noción de las conveniencias sociales, que siente más hondamente la herida abierta en su corazón por la misma que su amor es inmenso, se dirige hacia la sala en donde los demás siguen bailando o jugando o firmando con los artistas del cabaret. Con una gran voz atrás sobre él la atención de todos, que forman círculo en torno suyo, Margarita, que le ha seguido casi inconscientemente, está rígida, hierática, en la puerta del saloncillo

que comunica con la gran sala. Y Armando, al que la cólera ha hecho perder de vista todos los sentimientos de honor, de dignidad, vocifera como un loco:

— ¡Vea esta mujer! Me abandonó porque no tenía dinero para sostener su lujo y se ha adjudicado al mejor postor. Pero como yo no quiero que pueda decir que le debo nada, sed testigo de que le pago espléndidamente nuestras noches de amor.

Nerviosamente reboses en su cartera, llena de billetes de banco, y con un gesto iracundo arroja todos los billetes al rostro de Margarita. Ante el supremo desprecio, Margarita cae sollozando a tierra, mientras las demás callan y Armando abandona el salón, llevando consigo a Olimpia.





SEXTA PARTE

Armando ha regresado a su casa solitario. El tiempo y la distancia irán apagando el amor que Margarita Guatier encendió en su corazón. Junto a su familia, honorable y de rígida moral, Armando verá con horror, transcurrido cierto tiempo, la conducta de la cortesana que él dice le ha fascinado violentamente. Pero he aquí que un día el padre de Armando, que sabe bien el sublime sacrificio de Margarita, que sabe bien que el cuerpo que fué para muchas hostias ahora de un instante encerraba un corazón de oro, patificado por el amor, entrega a Armando la carta que Margarita le envía. En ella llega, desolando todo para que Armando pueda reparar el daño hecho — pero poca otra parte, ¿es que el daño podría repararse? — No era bien cierta la frase del padre de Armando de que eran estos unos amores sin porvenir? — la explicación de su conducta. Margarita cuenta la entrevista con el padre de Armando: «Se mostró tan imperfuente y aun amenazador al principio, que me obligó a recordarle que yo estaba en mi casa y que no tenía que darle cuenta de mi vida sino por el afecto sincero que sentía por su hijo.

Las razones del padre de Armando, las vacilaciones de Margarita, su promesa de sacrificarse por el bien amado, van en la carta llena de dolor y de lágrimas.

«Tanto a ti como a mí — añade — nos convenía que entre nosotros se levantase una valla insuperable.

«Escribí a Prudencia que aceptase las proposiciones del conde de N... y al mismo tiempo le encargaba que le notificase que aquella noche cenaría con él.

«Cerré la carta, y sin informarle de su contenido, regué a tu padre que, una vez en París, la hiciese llegar a las manos de aquella.

«Con todo, el señor Duval me preguntó qué decía la carta,

«Rociérra la dicha de Armando — le respondí.

«El señor Duval me besó por última vez, y al hacerlo, sentí correr por mi frente dos lágrimas de gratitud, que fueron como el bautismo de mis filias pasadas. En el instante en que yo acababa de consentir en entregarme a otro hombre, sentíame orgulloso al pensar en lo que acababa cometiendo esta nueva falta.



Margarita, en su lecho que es como una coccia marina, se extingue lentamente...

«Es natural, Armando; tú me habías dicho que tu padre era el hombre más amado del mundo.»

Cuando la lectura de la carta termina, el padre de Armando, muy conmovido, permanece inmóvil, la cabeza venerable entre las manos. Armando, en pie, siente que los ojos se le llenan de lágrimas — la segunda vez que llora por Margarita, — pero las de ahora servirán para endulzar el recuerdo de la que le amaba tanto y le escribe desde su lecho de muerte...

Entretanto, en París, en la casa de Margarita, reina una soledad y una tristeza que presagian la proximidad de la muerte. He aquí las notas escritas por Margarita sobre estos últimos días de su vida y que en la película se nos muestran sintéticamente:

«Hace un tiempo horrible, está nevada, y no tengo quien me acompañe en mi soledad. De tres días a esta parte, se ha moderado de mí una violencia tan intensa, que me ha sido imposible escribirte palabra alguna. Ninguna novedad, amigo mío; todos los días espero, de un modo vago, varia tuya; pero no llega ni llegará probablemente. ¡Ay! sólo los hombres tienen la fuerza de no perdonar.

«Prudencia ha comenzado sus viajes al Monte de Piedad.

«No cesa de arrojar sangre por la boca. Si me vieres, te compadecerás de mí. ¡Cuán dichoso eres de encontrarte bajo un cielo templado y no llevar, como yo, todo un invierno de hielo sobre el pecho! Hoy me he levantado un poco, y al través de los visillos de mi ventana he visto brillar la vida de esta ciudad, con la cual creo haber sido para siempre. Por la calle han pasado apresuradamente algunos conocidos, alegres, indolentes; ninguno ha levantado los ojos hasta mi ventana. Híeme enferma nuevamente; tú y yo pasamos seis meses juntos; he sentido por ti cuanto amor puede contener y dar el corazón de una mujer, y te encuentras lejos, y me maldices, y no me llega de ti ni una palabra de consuelo. Pero estoy segura de que semejante abandono sólo es hijo del acceso; pues de encontrarte en París, no te apartarías de mi cabecera y de mi dormitorio.»

«El médico me ha prohibido que escriba todos los días. En efecto, mis recuerdos sólo contribuyen a aumentar mi fiebre; pero ayer he recibido una carta consoladora, más por las sensaciones de que era expresión, que por el socorro material que me trajo. De consiguiente, hoy puedo escribirte a ti.

«La carta a que me refiero era de tu padre, Armando, y su contenido el siguiente:

«Señora: En este momento acabo de saber que está usted sufriendo. De encontrarme en París, iba yo mismo a preguntar por usted, y de encontrarme aquí mi hijo, le encargaría que le diese este cometido; pero ni puedo abandonar esta población, ni Armando se encuentra a seis o siete leguas de distancia. Permítame pues, que me limite a manifestarle por escrito cuánto siento su enfermedad y cuán sinceramente deseo su pronto restablecimiento.

«Espero se sirva usted recibir al señor de H., uno de mis

mejores amigos, a quien he encargado una comisión cuyo resultado aguardo con impaciencia.

«Reciba usted, señora, el testimonio de mi consideración más distinguida.»

«Este es la carta que he recibido. ¡Qué corazón más noble el de tu padre, Armando! Ayuda, pues en el mundo hay muy pocos hombres que lo merezcan tanto como él. Este escrito, firmado con su nombre, me ha producido más alivio que todas las recetas del médico.

«Esta mañana ha venido el señor de H., y parecía que la comisión que le encargaba el señor Duval le tenía muy turbado. Tratame fuertemente con esmeros de parte de éste; y como yo me resistiera a admitirlos, me ha dicho que me negasen envolverla una ofensa para su padre, el cual le había autorizado para darme desde luego la indicada cantidad y después cuando me hiciese falta. Por fin he aceptado semejante favor, que, viniendo de quien viene, no debe considerarse como una limosna. Si he dudado de existir cuando tú regreses, muestra a tu padre esta carta y dile que, mientras la estaba escribiendo, la pobre mujer a la cual se dignó enviar palabras de consuelo, derramaba lágrimas de gratitud y rogaba a Dios por él.»

«Acabo de pasar una serie de días muy dolorosos, durante los cuales he conocido cuánto puede padecer el cuerpo. ¡Oh! ¡cuán cara pago hoy mi vida pasada!

«Todas las noches me han velado. Me abogaba. El delirio y la tos se repartían el resto de mi pobre existencia.

«Mi comedor está atestado de dulces, de regalos de toda clase que me han traído mis amigos, entre los cuales los hay, a no dudar, que esperan que más adelante sea yo su manecilla. ¡Ah! si vieran los estragos que ha hecho en mí la enfermedad, cuánto desearían.

«Prudencia se muestra generosa, repartiendo regalos de los que yo recibí.

«Híela, y el médico me ha dicho que, de llegar el buen tiempo, podré salir dentro de algunos días.»

«Mi esperanza en la salud no fué sino un sueño. Híeme otra vez sepultada en el lecho, cubierta de parches que me están abrasando. ¡Ve y oírás este cuerpo, que tan caro pagaban ayer, y mira lo que por él te darán hoy!

«Menester es que hayamos hecho mucho mal antes de nacer, o que debamos gozar de una gran ventura después de muertos,

para que Dios permita que esta vida supere todos los martirios de la expiación y todos los dolores de la prueba.»

«Continúa padeciendo.

«El conde de N. . . ayer me envió dinero que no quise aceptar. Nada quiero de semejante hombre, causa de que tú no te encuentres a mi lado.

«¡Oh, dichosos días de longividad! ¿qué fue de vosotros?

«Si salgo con vida de este aposento, será para hacer una rueta a la casa en que los dos víctimas y que no abandonaré sino muerta.

«¿Quién sabe si me será dable escribirte mañana?»

«Hace unas noches que no duermo, que me aboga y creo firmarme a cada instante. El médico me ordena lo terminantemente que no me dejen tocar la pluma. Julia Duprat, que me está velando, consiente que le escriba estos renglones. ¡Ah! ¿Conque no vas a venir antes de que me muera? ¡Rehúyete y para una eternidad ha concluido todo entre nosotros! Parece que si volvieses, me pondría buena; pero ¿de qué me aprovecharía?»

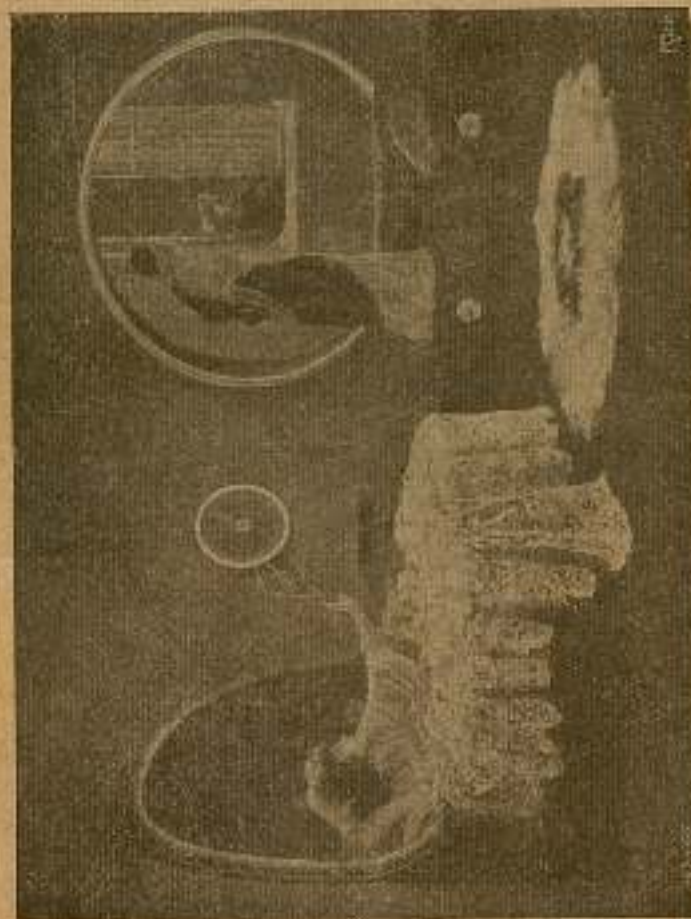
«Esta mañana me ha despertado un gran ruido. Julia, que dormía en mi aposento, se ha levantado apresuradamente y se ha dirigido al comedor, para ver qué ocurría. Ha oído voces varoniles, a las cuales replicaba Julia en vano. La pobre ha vuelto a entrar llorando y me ha comunicado que venían a efectuar un embargo. Le he dicho que les dejase llevar adelante lo que ellos llamaban justicia.

«El alguacil ha penetrado en mi dormitorio con la cabeza cubierta, y ha abierto todos los cajones, tomando nota de cuanto ha visto, y haciendo como si no advirtiese que en la cama que, por fortuna, la caridad de la ley me deja, estaba sepultada una moribunda.

«El alguacil, al marcharse, me ha prevenido que se me concedían nueve días para oponerme al embargo; pero ha dejado un vigilante. ¿Qué va a ser de mí, Dios mío? Semejante escema ha agravado más mi enfermedad.

«Prudencia quería pedir dinero al amigo de tu padre, pero yo me he opuesto.

«Cuando imagino que puede acontecer que no me muera, que tú vuelvas, que me sea dado ver de nuevo la primavera, que tú todavía me amas y que renuevemos nuestra vida del año pasado... ¡Oh! Pero ¡qué loca soy! apenas si puedo sostener la



A través de los cristales de la ventana, se ve que el niño que come frío en los cuerpos y en las almas...

pluma con que te comunico este desvarío insensato de mi co-
razón.

«Suceda lo que quiera, te amo con toda mi alma, Armando, y
hace tiempo que me hubiera muerto si no me hubiese dado fuer-
zas el recuerdo de este amor y la vaga esperanza de verte de
nuevo.»

Por un sarcasmo del Destino, el mismo día en que se vestían
el embargo en la casa de Margarita, durante el cual ésta logra
comover a los hambres de la curia que no comprenden el inté-
rés que pone en conservar un libro, «*Manon Lescaut*», que le de-
dió Armando durante los días felices, se han casado Nichette
y Gastón, que venden, desde la iglesia, a la casa de su buena
amiga. Su alegría se transforma en angustiosa ansiedad cuando
por Naudin saben que Margarita se muere. Lentamente entran
en la habitación caprichosamente dispuesta, en cuyo lecho, como
una concha marina, muere Margarita. A través del ovalado cris-
tal de una ventana, se ve el cielo triste del invierno parisién.
La nieve pone frío en los cuerpos y la muerte que se acerca lo
pone en las almas. Margarita tiene con una triste sonrisa para
sus amigos y con el libro de Armando ajado sobre el pecho, se
va extinguiendo como una débil llama. Naudin, Nichette y Gas-
tón, se arredillan en torno de la cama. Y sin una contorsión, sin
un suspiro, se extingue la vida de la pecadora a la que pueden
aplicarse las palabras de Jesús: *Dice perdona siempre a los que
han amado mucho.*





El Programa "Capitolio"

solo se compone de verdaderas
Super-producciones de
éxito mundial

Retenga en la memoria los siguientes títulos de películas y compruebe nuestro aserto al verlas anunciadas en su población.

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Basada en la célebre novela del insigne Blasco Ibáñez.
Producción Rex Ingram. Intérpretes principales: Rodolfo Valentino, Alice Terry y Joseph Swickard.

Cleo la Francesita

por Mae Murray

La Dama de las Camelias

por Nazimova y Valentino

La Fuga de la Novia

por Viola Dana

Eugenia Grandet

por Alice Terry y Valentino

La Rosa de New-York

por Mae Murray

No me olvides

por Bessie Love y Gareth Hughes

Mujeres Frívolas

Libro y dirección de Rex Ingram
por Barbara La Marr, Ramón Novarro y Lewis Stone.

Todas las Empresas que quieren conservar su crédito y corresponder al favor del público tienen contratados estos grandiosos «films».

